LENIN MENDIETA TOLEDO
LUIS BRITO GAONA



CUANDO DAS, TE DAS

La odisea existencial de un Maestro Huella

EDITORIAL CRISÁLIDAS

¡CUANDO DAS, TE DAS!
La odisea existencial de un Maestro Huella

Autores
Dr. Lenin Byron Mendieta Toledo, PhD.
Universidad de Guayaquil

Dr. Luis Brito Gaona, PhD.
Universidad Técnica de Machala

EDICRI S.A.S.
EDITORIAL CRISÁLIDAS

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Fundación Editorial Crisálidas.

DERECHOS RESERVADOS.
Copyright © 2026
Editorial Crisálidas EDICRI S.A.S.
Callejón, avenida 3era 128 y calle 6ta
Guayaquil, Ecuador.
Tel.: 0982842107
fundacioneditorialcrisalidas@gmail.com
ISBN: 978-9907-815-08-5
DOI: https://doi.org/10.70557/978-9907-815-08-5
Impreso y hecho en Ecuador
Dirección editorial: Lic. Josselyne Peralta C.
Coordinación: Lic. Dolores Castro M.
Diagramación: Lic. Dolores Castro M.
Diseño gráfico: Lic. Josselyne Peralta C.
Fecha de publicación: 30 de septiembre de 2026
Editorial Crisálidas
Guayaquil – Ecuador

«La pedagogía no es una carrera de vanidades, ni un comercio de títulos; es un acto permanente de amor, de justicia y de salvación comunitaria. Recuerden siempre que la única manera de salvar la propia vida es entregándose toda a los demás, porque solo CUANDO DAS, TE DAS!»

Público objetivo

Esta obra está dirigida a los docentes de todos los niveles educativos, estudiantes universitarios de educación, filosofía y ciencias sociales, a los investigadores narrativos y todo lector que busque una experiencia literaria profunda capaz de reconciliar la belleza de la prosa con los grandes dilemas éticos de nuestro tiempo.

Prólogo

El poema de la entrega y el fuego de la alteridad

Hay obras literarias que no brotan del mero capricho estético ni de la especulación académica de gabinete, sino del barro de la existencia, allí donde la vida se duele, se pregunta y busca desesperadamente un sentido. "CUANDO DAS, TE DAS: La Odisea Existencial de un Maestro Huella" pertenece a esa estirpe secreta de libros necesarios. No se trata de un frío tratado de pedagogía teórica, ni de una novela de entretenimiento superficial; se trata de una epopeya filosófica y existencial que deconstruye la pasión, el martirio y el triunfo trascendental del acto de enseñar.

Por la inolvidable figura de Sony Mendieta, el relato nos conduce por un itinerario de formación que abarca más de medio siglo de historia íntima y colectiva. Desde la penumbra

aromática del taller de carpintería de su padre José Hipólito en el poblado andino de Vilcabamba —donde la plomada de bronce y el respeto a la "veta" de la madera anticipan la ética del rigor artesanal—, hasta las cumbres luminosas y tormentosas del Paraninfo Magna de la Universidad de Guayaquil, la vida del protagonista es la escenificación viva de una batalla ontológica por la salvación de la condición humana.

El camino de Sony es la respuesta poética y filosófica a las grandes crisis de nuestro tiempo. Ante la violencia biopolítica de la educación tradicional, denunciada en las lecturas nocturnas de Hermann Hesse, Franz Kafka y Friedrich Nietzsche durante la adolescencia del protagonista; y ante el eficientismo tecnocrático de la universidad mercantilizada, que pretende reducir el misterio del ser humano a matrices de

competencias e indicadores de retención estadística, esta obra erige la Pedagogía de la Acogida, la Reconstitución Ontológica del Cuidado y el encuentro levinasiano con el Rostro. La magia rizomática de esta novela está en cómo logramos entretejer las categorías teóricas de la colección de libros de Maestros Huella y la investigación cualitativa del Proyecto FCI-012. Los grandes personajes de los maestros memorables ecuatorianos no aparecen como citas frías bibliográficas, sino como fuerzas vivas y encarnadas: la calidez axiológica y el cuidado paternal del Dr. Pedro Humberto Vargas; la deconstrucción de las «cajitas de fósforos» curriculares y la luminosidad de las «banquetas asimétricas» de la Dra. María Augusta Hermida; la «Economía del Don» y la evaluación no punitiva del Dr. Cristhian Arias; la «ética del docente» del Dr. Camilo Morán Rivas; la

perseverancia incombustible de Lidia Govea; y la compasión del Profesor Antonio Rodríguez, etc. El punto más alto de este viaje es el hallazgo de que la excelencia educativa no se mide ni por la cantidad de títulos conseguidos a través de la connivencia con la injusticia, ni por la pureza del gabinete académico. La ciencia verdadera vuelve a afirmarse en el territorio, en el barro del recinto "San Francisco", donde el profesor y sus estudiantes se sumergen en las aguas del río embravecido para rescatar a las familias desposeídas, convirtiendo el aula de caña en una universidad de puertas abiertas.

Al pasar por estas páginas, el lector no contempla la vida ajena; se verá en el espejo de sus propias decisiones éticas. Descubrirá que la pedagogía es una trinchera de resistencia, un acto de amor incondicional, una victoria sobre la muerte. Porque como lo proclama la máxima

trascendental que recorre esta obra como canto inmortal: el ser humano solo encuentra su verdadera plenitud cuando aprende que no hay mayor riqueza que el vaciamiento generoso de la propia vida y que en el balance final de la existencia, ¡CUANDO DAS, TE DAS!

Dr. Lenin Byron Mendieta Toledo. PhD

CAPÍTULO I:

LA CONSTITUCIÓN DEL SER: ORÍGENES, CUIDADOS PARENTALES Y LOS PRIMEROS ALTARES DE LA INFANCIA

«El perfume del serrín, la textura de la madera cruda, las manos abnegadas de la madre y el despertar del primer imperativo ético.»

El altar de madera y el trabajo silencioso del padre

El taller de carpintería de don José Hipólito olía a la mezcla sagrada de eucalipto recién cortado, aceite de linaza rancio y tierra húmeda colada por las rendijas de las paredes de adobe. En aquel empenumbrado recinto del poblado andino de Vilcabamba, donde la neblina de la tarde descendía pacientemente desde las cumbres para envolver las techumbres de teja, el tiempo parecía regirse por un ritmo distinto al del resto del mundo: el acompasado y sordo compás de las herramientas manuales abriéndose paso en la carne de los árboles.

Sony tenía solo seis años cuando descubrió que el silencio de su padre no era un vacío de palabras, sino una arquitectura de presencia. El niño estaba sentado en una pila de virutas rizadas que caían como bucles dorados del banco de trabajo, y miraba sin parpadear la espalda ancha y encorvada del hombre. Don José Hipólito no medía la madera con reglas de plástico ni con calibradores de precisión industrial, sino con la yema de sus dedos agrietados por el frío y con una escuadra de hierro forjado que había pertenecido a su propio abuelo. Al deslizar el cepillo de garlopa sobre un

tablón de nogal, surgía un susurro largo y seco —shsssh, shsssh—, dejando al descubierto la veta oculta de la madera, fina, suave y aromática como la piel de un fruto maduro.

—El árbol nunca miente, Sony —dijo Don José Hipólito sin dejar de dar ritmo al movimiento del brazo, con voz grave y rasposa por el polvo de la madera—. Lo obligas y se pica. Si no sigues el sentido de la fibra, se quiebra. La madera te dice por dónde quiere que la trabajes, pero hay que saber escucharla con los dedos, no con la prisa.

El niño alargó su pequeña mano y recogió un hilo de viruta. Se la llevó a la nariz y aspiró profundamente el perfume vivo y acre de la resina. Una lámpara de keroseno encendida en el rincón más oscuro del taller proyectaba en la pared de tierra cruda sombras agigantadas que convertían los movimientos del padre en una danza mitológica. Don José Hipólito se detuvo con el cepillo en la mano, tomó una plomada de bronce y la dejó caer sobre el canto de aquel mueble que construía. Las pesas de metal oscilaron levemente hasta

detenerse, alineándose con absoluta precisión respecto al hilo de cáñamo.

—¿Ves esto? —dijo el padre señalando la línea recta que cortaba el aire—. Eso es rectitud. Hay hombres que en la vida hacen las cosas a ojo de buen cubero, que taponan los fallos con masilla o pintura barata para que parezcan firmes por fuera. Pero cuando llega el invierno y la humedad aprieta, la estructura se echa a perder y el techo cae sobre los inocentes. El honor de un hombre es como este hilo de plomo: no se dobla ante el favor ni se tuerce ante la conveniencia. El día que tu palabra no sea recta como este hilo, habrás dejado de ser dueño de tu alma.

Sony miró el hilo tenso por el peso del bronce y luego miró el rostro de su padre: una geografía de profundas arrugas marcadas alrededor de los ojos, la piel curtida por el sol de la sierra y la barba rala manchada por el polvo del lijado. Don José Hipólito no se sentía ni ambicioso ni vanidoso por la riqueza. Era un artesano de la existencia, que entendía el trabajo no como un castigo de la escasez sino como una liturgia diaria de creación y servicio a la comunidad. Si un aldeano le

encargaba un camastro para un recién nacido o un ataúd de pino para un anciano, el carpintero no preguntaba primero por el dinero; miraba los ojos del visitante, sopesaba la urgencia de la vida o la gravedad del duelo, y empezaba a cepillar la madera con la misma reverencia sagrada.

El primer templo filosófico de Sony fue aquella penumbra del taller con su polvillo suspendido en los rayos de luz oblicua que entraban por las ventanas. Antes de aprender los nombres de los grandes pensadores o las reglas gramaticales del idioma, el niño aprendió que la verdad es una conjunción perfecta entre la intención y el acto, un ensamblaje invisible pero indestructible donde nada sobra y nada se falsea.

Los rituales de la madre, el abuelo y la escasez dignificada

El taller del padre era la firmeza del logos y la geometría de la responsabilidad, y la cocina de doña Carmen, la madre, era el santuario del amparo, la calidez y el tejido afectivo que sostenía la vida frente a las arremetidas del desamparo. La casa de sus padres y de sus abuelos era una construcción humilde de paredes

de bahareque y piso de tierra apisonada, pero dentro de ella nunca reinaba la sordidez. Doña Carmen mantenía la cocina como los chorros del oro; aunque el hollín del fogón pintaba de negro azabache las vigas del techo, las pailas de bronce relucían como soles limpios colgadas en la pared de adobe.

Todas las mañanas, mucho antes de que cantara el gallo y cuando las estrellas aún temblaban en el helado cielo del altiplano, doña Carmen ya estaba levantada. En el camastro de pino, Sony despertaba al oír el primer chasquido del pedernal y el soplo rítmico del fuelle avivando las brasas dormidas entre las piedras del fogón. Unos segundos más tarde, el aroma inconfundible del café recién pasado en manga de tela y el olor del agua de hierbaluisa inundaban el cuarto, disipando la helada que se colaba por las junturas de la ventana.

Doña Carmen era el alma del hogar, mujer de manos pequeñas pero incansables, encarnación de esa forma superior de sabiduría que no se aprende en las facultades: los cuidados parentales primordiales. Con paciencia infinita, remendaba la ropa de sus hijos sin

que los parches se notaran, transformando la escasez material en una lección permanente de dignidad. En las noches de invierno, cuando Sony se ponía enfermo de tos convulsiva, ella no dormía, sino que se sentaba al borde de la cama poniéndole compresas tibias de eucalipto en el pecho, susurrando oraciones y viejas historias y acariciándole la frente con la suavidad de quien acaricia un frágil altar. —El frío sólo entra al cuerpo cuando el alma está desabrida, hijo mío —le decía doña Carmen con voz dulce mientras le acomodaba la cobija de lana de oveja—. Mientras haya amor en este hogar, ninguna tormenta exterior podrá vencernos.

Sin embargo, el conflicto de la escasez no tardó en llamar a la puerta con la crudeza del invierno de 1969. Una sequía larga y una helada repentina acabaron con los cultivos de papa y maíz en toda la región del valle. En el pueblo, las familias más humildes empezaron a sentir el pinchazo del hambre. Una tarde llegó don Jacinto al taller de don José Hipólito, vecino de la ladera, cuya parcela había sido arrasada por la escarcha. Venía el hombre con el sombrero de paño descolorido

apretado entre las manos, la mirada baja y los labios temblorosos por la vergüenza de pedir una ayuda.

—Don José Hipólito… —balbuceó el aldeano con la voz quebrada. Tenía las tres chacras heladas. Mis chicos no tienen qué comerse desde ayer... Si usted tuviera algún trabajito, aunque sea acomodar la leña o barrer el serrín, para que me adelante para un chaquiñán de harina...

Detrás de una pila de tablones, Sony contempló la escena. Bien sabía que tampoco había de sobra en casa propia; la venta de los muebles había caído a pique y el armario de la madre apenas contenía media saca de cebada y una cacerola con algo de manteca. Vio a su padre dejar el cepillo, contemplar el atribulado rostro de don Jacinto y suspirar hondo.

El maestro José Hipólito se dirigió a la trastienda que unía el taller con las cocinas, y llamó en voz baja a doña Carmen. Sony vio salir a su madre al patio. Los dos adultos hablaron durante unos segundos en un susurro grave. Doña Carmen miró hacia el camino. Allí, al borde de la acequia seca, esperaban sentados los hijos pequeños de don Jacinto, con los ponchitos raídos y los

rostros tiritando de frío. Sin decir una sola palabra de duda, la madre volvió a la cocina, cogió el saco de harina de cebada que debía durar para todo el mes a la familia, llenó con ella una costalilla limpia hasta la mitad y separó también un trozo generoso de queso fresco y una jarra de leche tibia.

Don José Hipólito, sin embargo, fue a su caja de herramientas, escogió un azadón de repuesto y una sierra de mano que tenía guardada en excelente estado y se los dio a Don Jacinto.

—No vas a cerrarme ningún taller, Jacinto —dijo el padre con serena firmeza—. Te vas a llevar este saco y estas herramientas. Mañana al amanecer vamos a la parte más alta del cerro a limpiar el canal de riego de la comunidad. Las herramientas son para ti; me las pagarás cuando vuelva la cosecha. Y las guaguas se meten ahora mismo a la cocina a tomarse un plato de sopa calentita con la Carmen.

Don Jacinto apretó contra su pecho la costalilla, incapaz de pronunciar palabra, al mismo tiempo que dos gruesas lágrimas abrían limpios surcos en su cara ennegrecida por el trabajo. Un nudo en la garganta y

una punzada de angustia e incomprensión en el pecho atravesó a Sony: «¿Por qué le regalamos nuestra harina si a nosotros también nos va a hacer falta?», se preguntaba el niño en un monólogo interior lleno de confusión infantil.

Aquella misma tarde, el abuelo Baltazar, anciano de ochenta años de mirada profunda y andar pausado que pasaba los días contemplando el horizonte desde el corredor de la casa, tomó a Sony de la mano y lo invitó a caminar por el sendero que bordeaba los sembríos marchitos de la ladera. —¿Tu mamá regaló la cebada y estás enojado, Sony? —adivinó el abuelo el pensamiento del niño, apoyando su bastón de chonta sobre el suelo pedregoso.

—Es que la alacena está casi vacía, abuelo... —dijo el niño mirando sus alpargatas—. ¿Qué vamos a comer nosotros, si no llueve?

El abuelo Baltazar se paró junto a un viejo árbol de capulí, que se mantenía erguido en medio de la tierra seca. Después cortó una ramita seca, se la mostró al niño y luego señaló las raíces profundas que se hundían en las grietas de la roca.

—Mira este capulí, Sony —dijo el viejo con voz reposada. En lo alto parece que se está muriendo, ya que las hojas se cayeron con la escarcha. Pero mira abajo: sus raíces viven, porque se aferran a la tierra profunda, y buscan el agua entre las piedras. El hombre egoísta es como la planta de maceta: se guarda el agua toda para él, pero cuando viene el viento fuerte, al no tener raíces en los demás, se voltea y se seca solo. En cambio, el hombre que comparte lo poco que posee, planta una raíz en el corazón del prójimo. Hoy le hemos dado a Jacinto cebada; mañana, si nos cae la casa, Jacinto vendrá para que nos ayude a levantar la pared. La verdadera riqueza no es lo que guardas en la alacena para que se ponga amargo, sino lo que das para que el otro no muera de desesperación.

Las heridas del mundo y el despertar de la conciencia moral

La noche que siguió al lance de don Jacinto, fue para Sony la noche del gran primer despertar existencial. El niño, acostado en su camastro, no podía dormirse. El viento helado de la sierra silbaba entre las tejas de la casa, con un triste aullido que parecía el lamento de la

tierra herida. En la mente del niño pasaban rápidamente las imágenes del día: el rostro avergonzado del vecino campesino, las lágrimas corriendo por sus mejillas curtidas, los pies descalzos y amoratados de los niños junto a la acequia y la absoluta serenidad con que su madre había repartido la mitad de la comida de la familia.

Fue la primera vez que Sony experimentó lo que muchos años más tarde, en los textos de la filosofía fenomenológica y en los relatos de vida de los educadores ecuatorianos, se identificaría como el choque traumático con la vulnerabilidad del Rostro ajeno. Hasta esa tarde, el mundo del niño había sido una fortaleza segura, protegida por el amor de sus padres y la tranquila rutina del pueblo. Pero la irrupción de la miseria de Jacinto había rasgado el velo de su inocencia infantil, y le había revelado una verdad dolorosa: el mundo estaba lleno de dolor, de injusticias no buscadas, de seres humanos que sufrían en silencio la dureza de la existencia.

— ¿Por qué la tierra no da a todos comida por igual?— musitó Sony en la oscuridad del cuarto, sintiendo una

opresión fría en el pecho. ¿Por qué unos pueden tener ropa de abrigo y otros tienen que tiritar de frío en la calle?

La puerta del cuarto se abrió despacio con un leve chirrido. Una franja de luz dorada de la cocina cortó la penumbra. Calladamente entró doña Carmen, descalza para no hacer ruido, con una vela encendida en un candelero de barro, que llevaba en las manos. Se aproximó a la cama, miró los ojos abiertos del niño y la huella de angustia que se reflejaba en su rostro, y se sentó suavemente en el borde del colchón de paja.

—¿Qué pasa, Sony? —¿Te duele el estómago, mi amor? —le preguntó su madre con ternura y le colocó la mano caliente sobre la frente.

—No tengo dolor de cuerpo, mamá… —replicó Sony buscando los ojos de su madre.

Me duele aquí dentro... me duele el pecho. Me quedé pensando en los _guaguas_ de don Jacinto. Tuve miedo de que a mí también, al día siguiente, se me acabase la comida y no hubiese quien me diese nada.

Doña Carmen dejó la vela en la mesita de noche, tomó entre las suyas las dos manitas del niño y se las apretó

con ternura de madre. A la luz de la llama brillaron sus ojos negros, limpios y profundos.

—Escúchame bien lo que te voy a decir, Sony —dijo la madre con un tono de voz que era a la vez dulzura infinita y firmeza moral indestructible—. Nadie está libre de la desgracia en este mundo. Hoy estamos arriba, mañana estaremos abajo. Pero el temor de la escasez no puede petrificar nuestro corazón. Dios no nos puso en esta tierra para vivir amedrentados guardando la comida en los cajones y con el vecino muriéndose de hambre en la puerta. Cuando tú cierras la puerta del dolor de otro para salvarte tú solo, te quedas más pobre que el que no tiene pan. Te quedas sólo con tu miedo.

—¿Pero qué pasa si no nos da para nosotros, mamá? —insistió el niño, buscando una certeza entre la incertidumbre.

—Nos va a dar alcance, hijo mío —dijo la madre con la absoluta convicción de quien no admite réplica—. Nos va a alcanzar porque cuando uno comparte con amor y con respeto la vida multiplica las cosas de una manera que la cabeza no entiende. El oficio de tu papá

es limpio y Dios no deja las manos limpias. Mañana vamos a volver a cocinar y la paila no va a quedar vacía. Pero te pido que te grabes una cosa en la cabeza para siempre: nunca veas a una persona necesitada como si fuera inferior a ti. Don Jacinto es un hombre honrado, es un padre que lucha desesperadamente por sus hijos. Hoy no le hemos dado una limosna; le hemos devuelto su dignidad.

El rostro de la madre se le apareció a Sony. A la luz titilante de la vela, la figura de doña Carmen no parecía la de una mujer humilde del campo golpeada por la pobreza; parecía la de una reina de la misericordia, una sacerdotisa de la vida que guardaba el fuego sagrado de la humanidad en medio de las tinieblas de la sierra. El niño sintió cómo la presión en el pecho comenzaba a relajarse, siendo sustituida por un sentimiento nuevo y vigoroso: una admiración intensa por esa ética encarnada que no precisaba de grandes discursos teóricos para manifestarse con sublime claridad.

Doña Carmen se inclinó y le besó suavemente la frente, luego acomodó la cobija hasta su cuello.

—Ya duerme tranquilo mi guagua— susurró la madre, y tomando la vela se retiró. Mañana Dios amanece y hay mucho trabajo por hacer.

La puerta se cerró y las tinieblas volvieron a inundar el cuarto. Sony no tuvo miedo. Se acurrucó bajo la tibia lana del cobertor y cerró los ojos. En su mente infantil había ocurrido una revolución silenciosa pero irremediable: había comprendido que la existencia no era un camino solitario para el provecho personal, sino un pacto sagrado de cuidado y amparo hacia los demás. La herida que había causado el dolor ajeno no se había cerrado, pero se había convertido en la semilla de un imperativo ético que orientaría cada uno de sus pasos en el futuro de su vida.

El arjé relacional y la génesis de los valores

Al evocar estas escenas desde la madurez de la vida académica y la investigación biográfico-narrativa, la trayectoria de Sony deja al descubierto con prístina nitidez la estructura del Arjé relacional que subyace a la constitución ontológica del educador memorable. En la tradición del pensamiento fenomenológico e

intersubjetivo el Arjé no se reduce a un punto de partida cronológico o a un dato biográfico inerte guardado en los archivos del pasado; el Arjé es la fuerza originaria, el principio axiológico dinámico que sigue latiendo en el centro del Dasein y que orienta cada una de las decisiones existenciales del sujeto.

El taller de carpintería de su padre y la cocina de su madre no fueron sólo escenarios de su infancia, sino que funcionaron como los primeros altares ontológicos donde se configuró su sistema de valores primordiales. En Don José Hipólito y su plomada de bronce está la génesis de la ética del rigor, de la honestidad profesional y de la responsabilidad incondicional. La lección paterna sobre la madera, que no debe ser forzada ni falseada, se tradujo años más tarde en la práctica pedagógica de Sony como un profundo respeto por la singularidad y los tiempos de maduración de sus propios estudiantes. Educarlo, comprendió Sony desde niño, no era eso de imponer una forma rígida desde afuera sobre la mente del alumno, sino escuchar la "veta" oculta de su ser y acompañar su despliegue con paciencia artesanal.

Las acciones de doña Carmen, por su parte, encarnan la feminización del Sorge (el Cuidado) heideggeriano y la lógica de la «Economía del Don». De acuerdo con los hallazgos del Dr. Pedro Humberto Vargas sobre la incidencia decisiva de los cuidados parentales en la salud moral y la empatía del sujeto, Sony no recibió en el hogar instrucción teórica de virtudes, sino vivencia carnal de solidaridad. Entregarle el saco de harina a la familia de don Jacinto, no fue entendido como un sacrificio, ni como un cálculo utilitarista de reciprocidad comercial, sino como una respuesta inmediata y ética ante la vulnerabilidad extrema del Rostro ajeno, tal como lo conceptualiza Emmanuel Lévinas.

Esta vivencia de la escasez dignificada durante su infancia, formó en Sony un perfil epistemológico decolonial e inmunizado contra la seducción del consumismo y el egoísmo competitivo de la sociedad contemporánea. Mientras el "sujeto de rendimiento" analizado por Byung-Chul Han muestra un individualismo atroz —para quien el compañero es al mismo tiempo rival y mercancía contable—, la infancia

de Sony demostró constantemente que el ser humano solo encuentra su verdadera plenitud en la relación comunitariamente solidaria. Como dijera el abuelo Baltazar al pie del capulí seco, el árbol que no eche raíz en el tejido social está perdido para marchitarse en la soledad de su propia insuficiencia.

En esta génesis axiológica se halla el cimiento de lo que más tarde se consolidará en la vida de Sony como mandato supremo del magisterio de excelencia: la certeza de que el conocimiento, la ciencia y la pedagogía solo adquieren sentido humano cuando se convierten en un acto de entrega generosa a la comunidad. Para Sony la infancia no fue un estado pasajero que se supera y se olvida, sino la reserva moral e idílica de donde sacaría fuerzas para resistir los embates del desánimo, la burocracia y la deshumanización del sistema educativo.

El alba y la tarde de la escuela

El primer destello del alba hendió la neblina de la cordillera y pintó de tono violeta y dorado las cumbres de los cerros que rodeaban el pueblo de Vilcabamba.

Por las mañanas el aire traía el aroma fresco de pino húmedo, de tierra mojada por el rocío y del humo tenue que empezaba a subir de las chimeneas de las casas vecinas.

En la habitación de Sony la luz de la mañana se filtraba suave por la ventana, iluminando una escena que había sido preparada con esmero maternal la noche anterior. En la silla de madera, pulida y cepillada como por arte de magia, estaba el uniforme sencillo que el niño llevaría por primera vez: pantalones de tela azul oscuro cuidadosamente remendados en las rodillas, camisa blanca lavada a mano y cuidadosamente almidonada, y una pequeña libreta de tapas duras junto con un lápiz de grafito bien afilado.

Sony se puso de pie en silencio, palpó la suave textura de la camisa blanca y sintió una mezcla de emoción incontenible y de respeto sagrado. Sabía que no era un día cualquiera, era la víspera de una gran travesía. A sus seis años, iba a cruzar el umbral de su casa para entrar en el primer territorio de la vida pública: la escuela rural del pueblo.

Doña Carmen entró al cuarto con una palangana de agua tibia y una toalla limpia. Con ternura infinita, ayudó al pequeño a vestirse, arregló el cuello de su camisa y peinó su pelo oscuro con un poco de agua de rosas.

—Hoy empiezas una nueva etapa, Sony —dijo la madre mirándolo a los ojos con cara iluminada por una sonrisa orgullosa y emocionada—. En la escuela aprenderás a leer y escribir los nombres de las cosas del mundo. Pero nunca olvides lo que has aprendido en este hogar. Respeta a tu profesor, ayuda a tus compañeros que tengan más dificultad que tú y lleva siempre la cabeza bien alta con honradez.

En el marco de la puerta apareció don José Hipólito, con su mejor traje, dispuesto a acompañar a su hijo en ese primer viaje hacia el conocimiento. El padre no pronunció largos discursos, sino que se acercó al niño y posó su mano grande y pesada sobre el hombro del muchacho, dándole un fuerte apretón que expresaba más seguridad que mil palabras.

—Vamos, Sony —dijo el carpintero con voz tranquila—. La mañana está clara y el camino limpio.

Con la pequeña libreta en la mano, Sony se arregló la camisa blanca y se dirigió a la puerta de salida. Cruzó el umbral de la casa, se detuvo un segundo y miró hacia el taller, donde la plomada de bronce colgaba todavía junto al banco de trabajo, y hacia la cocina, donde brillaba en la penumbra la paila de cobre. Se santiguó con la señal que su madre trazó en el aire y dio el primer paso en el camino de tierra hacia la escuela. A sus espaldas quedaba el refugio feliz de la infancia; ante sí tenía el vasto, misterioso y apasionante universo de la educación.

CAPÍTULO II: LA ESCUELA COMO PRIMER TERRITORIO: EL UMBRAL DEL AULA Y EL ROSTRO DEL PRIMER MAESTRO

«El olor a tiza fresca, la humedad de las paredes de adobe, la paciencia infinita ante el temblor de la escritura y el descubrimiento del Rostro que interpela y salva.»

El umbral de madera y el ritual del aula unidocente

El edificio de la escuela rural "Juan Montalvo" se erigía en la parte alta de Vilcabamba como un bastión solitario de adobe, teja musgosa y madera crujiente, batido incesantemente por los vientos fríos que bajaban de la cordillera. Aquella mañana de octubre, el cielo serrano se extendía como un manto de zinc pulido, presagiando la llegada prematura de las lluvias de invierno. Sony, con la libreta de tapas duras apretada firmemente contra el pecho y la camisa blanca almidonada por doña Carmen, se detuvo a pocos pasos del umbral de entrada. Sus alpargatas nuevas pisaron el barro húmedo del patio, y un temblor helado, mezcla de timidez infantil y sobrecogimiento sagrado, le recorrió la espina dorsal.

El aire en el corredor olía a tiza fresca recién molida, a cera de piso mezclada con kerosén, a lana mojada y al humo tenue que brotaba de una pequeña estufa de hierro colado ubicada al fondo del gran salón. Aquella no era una escuela moderna dividida por muros de hormigón ni estandarizada por pabellones impersonales; era una escuela unidocente, un espacio

diáfano y anchuroso de suelo de tablas gruesas donde convivían en estrecha comunidad los niños de primero a sexto grado, desde los parvulitos de cinco años que aprendían los trazos del alfabeto hasta los muchachos de doce que se preparaban para abandonar el campo.

Al cruzar la puerta de doble hoja, Sony no se topó con un vigilante severo ni con un reglamento punitivo clavado en la pared. En el centro del salón, de pie junto a un gran escritorio de guayacán barnizado, se encontraba Don Aurelio.

Don Aurelio frisaba los sesenta años. Llevaba un saco de pana color avellana con coderas de cuero gastado, una corbata de lana tejida a mano y unos anteojos de armazón metálico que descansaban sobre la punta de su nariz. Sus cabellos canos, peinados hacia atrás con esmero, enmarcan un rostro surcado por arrugas profundas, de esas que no dibuja el paso del tiempo sino el hábito constante de la sonrisa serena y la paciencia meditativa. Sus ojos, pequeños y oscuros, tenían el destello manso y penetrante de los hombres que han aprendido a contemplar el alma humana sin prisa ni juicio.

Cuando Sony cruzó la puerta, Don Aurelio no permaneció estático detrás del estrado como una figura de autoridad inalcanzable. Se desató de inmediato el delantal de trabajo, caminó hacia el niño con un andar pausado pero firme, y se inclinó hasta que sus ojos quedaron exactamente a la altura de los ojos del pequeño.

—Bienvenido a tu casa, Sony —dijo Don Aurelio con una voz grave, pausada y cálida que flotó en el aire frío del salón como una manta protectora—. Sé bien quién eres. Eres el hijo de José Hipólito, el carpintero que sabe escuchar el corazón de la madera, y de Carmen, la mujer que sabe sostener la vida con la oración y el trabajo. En este salón no eres un extraño. Aquí tienes tu pupitre, tu espacio y tu maestro.

Aquel nombramiento explícito no fue un mero trámite administrativo ni la simple verificación de un registro de matrícula. En la fenomenología del encuentro pedagógico, lo que Don Aurelio acababa de ejecutar era un acto supremo de ontología de la acogida: la restauración de la dignidad de la persona a través de la nominación cariñosa. Al pronunciar su nombre y

nombrar el linaje de sus padres, Don Aurelio desarmó de golpe todo el terror del niño ante lo desconocido, transformando el espacio institucional en un auténtico santuario de la hospitalidad incondicional.

Sony caminó hacia el pupitre doble de madera que el maestro le había señalado, ubicado estratégicamente junto a una ventana guillotina que daba hacia los sembríos de la ladera. Sobre la madera pulida por años de uso se leían iniciales grabadas con navaja por antiguas generaciones de niños, hoy hombres adultos del pueblo. Al sentarse, el niño pasó los dedos por aquellas cicatrices de la madera y luego dirigió la mirada hacia la pizarra negra que ocupaba la pared frontal. En el centro, escrita con una caligrafía perfecta en tiza blanca, se leía la primera máxima de la jornada: «Saber no es acumular datos para vencer al otro; saber es aprender a mirar el mundo para servir a la vida».

Las asimetrías del aula, el compañero vulnerable y la tensión social

La convivencia en la escuela unidocente de Vilcabamba era una réplica exacta, en escala reducida, de las profundas grietas y tensiones que desgajaban a la

sociedad andina. En el salón de Don Aurelio se sentaban juntos los hijos de los terratenientes locales —como Julián, el hijo del dueño de la hacienda y la tienda de abarrotes del pueblo, que vestía botas de cuero lustrado y llevaba cuadernos de tapas de colores importados— y los hijos de los peones acasillados, los jornaleros sin tierra y las viudas empobrecidas.

En el pupitre contiguo al de Sony se sentaba Manuel. Manuel era un niño de ocho años, pero su cuerpo enjuto, su rostro prematuramente envejecido por el sol y sus manos agrietadas por el trabajo agrícola lo hacían parecer mucho mayor. Llevaba un poncho de lana de oveja desgastado, con los bordes deshilachados, y unas alpargatas de cabuya rotas por donde se asomaban sus dedos amoratados por la helada. Manuel llegaba todos los días a la escuela después de haber caminado más de una hora por senderos de piedra desde la ladera alta, habiendo ordeñado vacas y arreando ganado desde las cuatro de la madrugada.

El conflicto estalló a mitad de la mañana, durante la sesión de caligrafía y lectura. Don Aurelio había pedido a los alumnos de segundo grado que copiaran en sus

cuadernos un texto sobre el valor de la tierra y la justicia. Mientras Sony deslizaba su lápiz con fluidez sobre la libreta, notó que Manuel permanecía inmóvil, con la cabeza gacha y el rostro encendido por una vergüenza ardiente. El niño apretaba el lápiz de grafito con sus dedos toscos y endurecidos por el uso del azadón, pero sus manos temblaban de tal manera que solo lograban trazar borrones negros e incomprensibles sobre el papel de estraza.

Julián, que se sentaba un par de filas más atrás, soltó una carcajada burlona y susurró a sus compañeros con desprecio audible:

—Miren al indio Manuel... No sabe ni coger el lápiz. Tiene las manos como patas de maza. Mejor que se vuelva a la hacienda a sacar papas con las uñas, porque la escuela le queda grande.

Un silencio pesado y denso como el plomo cayó sobre el salón. Manuel se encogió en su asiento, como si quisiera volverse invisible dentro de su poncho raído. Sus ojos se llenaron de lágrimas amargas, pero se obligó a no llorar, mordiéndose el labio inferior hasta sacarse sangre. Sony sintió una punzada de rabia e

impotencia en el estómago; reconoció en la mirada de Manuel la misma humillación que había visto en el rostro de Don Jacinto cuando vino a pedir ayuda a su hogar.

Don Aurelio detuvo la escritura en la pizarra. Dejó la tiza en la ranura de madera, se dio la vuelta despacio y caminó hacia la fila de los estudiantes. No levantó la voz ni profirió gritos de amenaza. Su rostro, habitualmente sereno, se tornó de una gravedad solemne. Se detuvo junto al pupitre de Julián y lo miró fijamente durante un largo minuto que pareció una eternidad.

—Julián —dijo el maestro con una voz grave que vibró en cada rincón de la madera del aula—. El dinero de tu padre puede comprarte los mejores cuadernos y las botas más caras del mercado. Pero no hay moneda en este mundo que pueda comprar la dignidad humana ni el respeto que le debes a tu hermano. Manuel tiene las manos duras no por ignorancia, sino por el trabajo honrado con el que su familia ayuda a alimentar a este pueblo, incluida tu propia mesa. Si crees que estar en esta escuela es para sentirte superior a los demás, estás

profundamente equivocado. Aquí el que no aprende a respetar la debilidad del compañero no ha aprendido absolutamente nada.

El maestro caminó entonces hacia el pupitre de Manuel y Sony. Se inclinó con la misma dulzura con la que un cirujano trata una herida abierta, colocó su mano sobre el hombro tembloroso de Manuel y le dijo en voz baja:

—Manuel, la mano que sabe sembrar la tierra es una mano noble. Escribir no es más que otra forma de sembrar, pero sobre el papel. Solo necesitas que alguien te ayude a guiar la yunta al principio.

Don Aurelio miró a Sony.

—Sony —ordenó el maestro con una mirada que encerraba un mandato ético ineludible—, a partir de hoy vas a compartir tu pupitre con Manuel. Tu tarea no será hacerle los deberes, sino acompañar su mano. Le vas a prestar tus cuadernos y le vas a enseñar el trazo suave. Tú serás su andamio, y él será tu maestro en la paciencia.

Sony experimentó un torbellino de emociones internas. Una parte de su ser, seducida por la comodidad y el deseo de avanzar rápidamente en sus propias lecturas,

sintió una lejana tentación de impaciencia: «Si me pongo a enseñarle a Manuel paso a paso, yo me voy a retrasar... no voy a poder terminar de leer los libros grandes de la biblioteca». Era el primer amago del egoísmo cognitivo, la voz incipiente de la velocidad individualista que más tarde identificaría en la crítica a la sociedad del cansancio.

Sin embargo, al mirar de cerca el rostro de Manuel —las mejillas partidas por el viento helado, los labios resecos y la mirada suplicante y aterrada que aguardaba su reacción—, la lección de su madre Carmen y la plomada de su padre José Hipólito resonaron en su conciencia. Sony corrió su libreta al centro del pupitre, tomó un lápiz nuevo, se lo extendió a Manuel con una sonrisa cálida y le dijo en un susurro:

—Mira, Manuel... No aprietes el lápiz como si fuera un garrote. Tómalo suave, así... Como si estuvieras sosteniendo un pajarito sin aplastarle las alas. Vamos a hacer la primera letra juntos.

La tormenta de la cordillera y el rostro en la penumbra

Pasadas las dos de la tarde, el cielo sobre Vilcabamba se cerró drásticamente en una negrura de tinta china. El viento de la cordillera comenzó a aullar con una fuerza devastadora, doblando las copas de los eucaliptos e hiriendo los tejados del pueblo con ráfagas violentas. Segundos después, se desencadenó un aguacero torrencial de una violencia inusitada, acompañado de granizo grueso que golpeaba el techo de zinc de la escuela con un estruendo ensordecedor, como si miles de tambores de guerra estuvieran sonando al mismo tiempo.

El agua comenzó a colarse por las rendijas de las ventanas y a filtrarse por las junturas del techo de madera. La luz del día desapareció por completo, sumiendo el salón en una penumbra opresiva iluminada solo por los relámpagos cegadores que cortaban el horizonte y por el resplandor rojizo de la estufa de kerosén. La temperatura dentro del aula descendió drásticamente; el frío se volvió glacial y el pánico

comenzó a apoderarse de los niños más pequeños, que rompieron en llanto buscando refugio bajo los pupitres. Don Aurelio reaccionó con una calma sobrehumana. Con movimientos rápidos y precisos, cerró las contraventanas de madera para proteger el salón del granizo, encendió dos lámparas de kerosén adicionales y las colocó en puntos estratégicos del aula. Luego, reunió a todos los niños en el centro del salón, alrededor de la estufa de hierro, haciendo que los más grandes abrazaran y abrigaran a los más pequeños.

—Tranquilos, mis niños —decía Don Aurelio paseándose entre ellos con voz firme y serena, repartiendo mantas secas que guardaba en un armario de la trastienda—. Estas paredes de adobe han resistido tormentas por más de cincuenta años y hoy no va a ser la excepción. Estamos juntos, estamos secos y la escuela es nuestra fortaleza.

Sin embargo, en medio del alboroto y el estruendo del granizo, Sony notó que Manuel estaba paralizado en un rincón del salón. El niño no lloraba por miedo al trueno; tenía los ojos desorbitados, fijos en la ventana por donde se veía el cañón del río que corría al fondo del

valle. Sony se acercó a él y le tomó la mano: la mano de Manuel estaba helada como un témpano y temblaba descontroladamente.

—¿Qué tienes, Manuel? —preguntó Sony con angustia—. Ya estamos protegidos aquí adentro...

—El río... —balbuceó Manuel con la voz ahogada por un sollozo desgarrador que le brotó desde las entrañas—. El río se va a desbordar, Sony... Mi choza está en la bajada de la quebrada... Mi mamá está sola con mis hermanitos chicos y las tres ovejas... El agua se los va a llevar... ¡Se los va a llevar a todos!

Manuel se desprendió del agarre de Sony y corrió desesperadamente hacia la puerta de salida, dispuesto a lanzarse al temporal para correr hacia la quebrada. Don Aurelio, advirtiendo el movimiento con reflejos felinos, se interpuso en el umbral, atajó al niño entre sus brazos y lo sostuvo con firmeza amorosa mientras Manuel luchaba, pateaba y lloraba deshecho en un ataque de angustia absoluta.

—¡Déjeme ir, Don Aurelio! ¡Mi mamá se va a ahogar! ¡Déjeme ir! —gritaba el niño golpeando el pecho del maestro con sus puños pequeños.

En ese instante de crisis máxima, ocurrió la gran revelación fenomenológica que transformaría para siempre la vida de Sony. Don Aurelio se arrodilló en el suelo húmedo del umbral, sujetó el rostro de Manuel entre sus dos manos grandes y cálidas, y lo miró fijamente a los ojos a escasos centímetros de distancia. Sony, parado a solo dos pasos, fue testigo presencial del encuentro levinasiano con el Rostro (Visage): la epifanía de la vulnerabilidad absoluta del Otro que no se deja categorizar ni dominar, sino que irrumpe como un mandato divino que exige salvación y amparo (Lévinas, 1961; Mendieta Toledo, 2026).

En los ojos aterrorizados de Manuel resplandecía la fragilidad extrema de la condición humana, el desamparo del inocente frente a las fuerzas desatadas de la naturaleza y la injusticia social. Y en los ojos de Don Aurelio resplandecía la respuesta ética incondicional: la negativa absoluta a abandonar al hermano en la hora de la tribulación.

—Escúchame bien, Manuel —dijo Don Aurelio con una voz de un peso ontológico indescriptible, mientras el viento sacudía la puerta de madera—. Tú no vas a ir

solo a la quebrada porque el río te llevaría a ti también. Tú te vas a quedar aquí cuidando a tus compañeros pequeños junto con Sony. Y yo voy a ir ahora mismo a buscar a tu madre y a tus hermanos para traerlos a salvo a esta escuela. Te doy mi palabra de maestro que tu familia estará bien.

Don Aurelio se levantó, se enfundó un poncho de caucho negro, tomó un farol de aceite y una cuerda gruesa de cáñamo. En ese preciso momento, la puerta de la escuela se abrió de golpe y entró Don José Hipólito, el padre de Sony, chorreando agua por los cuatro costados, con una linterna grande en la mano y el rostro desencajado por la preocupación por su hijo.

—José Hipólito —dijo Don Aurelio al ver entrar al carpintero—. Llegaste enviado por la Providencia. Necesito que te quedes a cargo de los guaguas en el salón. La choza de la familia de Manuel está en peligro de deslave en la quebrada baja y voy a sacarlos de allí.

Don José Hipólito miró a su hijo Sony, comprobó que estaba a salvo, y luego miró a Manuel y a Don Aurelio.

—No vas a ir solo, Aurelio —respondió el carpintero con la sobriedad firme de los hombres de honor—. El

río está crecido y el paso de la chorrera es peligroso. Yo voy a tu lado con la cuerda y las hachas.

Sony vio a los dos hombres adultos —el maestro y el carpintero— ajustarse las capas, encender los faroles y lanzarse juntos a la oscuridad de la tormenta, enfrentando el barro y la correntada para salvar a una familia de campesinos pobres. El niño se quedó parado en el umbral, contemplando cómo las dos luces amarillas de los faroles se alejaban lentamente en medio de la negrura de la noche y la lluvia inclemente, hasta ser tragados por la neblina.

Aquella noche, la escuela rural dejó de ser un edificio de paredes de adobe para convertirse en un altar de la salvación comunitaria. Don José Hipólito y Don Aurelio regresaron dos horas más tarde, empapados hasta los huesos y exhaustos, pero trayendo consigo a la madre de Manuel, a sus tres hermanitos envueltos en mantas secas y hasta al pequeño perro de la familia. La cocina de la escuela se encendió, se preparó sopa caliente para todos y los niños durmieron juntos sobre las mantas al abrigo de la estufa.

Sony no durmió en toda la noche. Acostado junto a Manuel, observó el rostro tranquilo del niño que ahora dormía en paz, respirando suavemente. Sony comprendió entonces que la enseñanza no se mide por las materias aprobadas en un examen, sino por la capacidad de arriesgar la propia vida y la propia comodidad para ser un refugio en medio de las tormentas de la existencia.

La Pedagogía de la hospitalidad y la otredad lévinasiana

Al someter esta escena a una exégesis hermenéutica profunda desde la perspectiva de la investigación biográfico-narrativa y la filosofía de la educación, el aula de Don Aurelio se revela como la manifestación prístina de la Pedagogía de la Hospitalidad y de la Cicatriz Carnalizada. En la tradición pedagógica convencional, alienada por el eficientismo técnico y la estandarización neoliberal, el aula es concebida como un espacio neutro de transmisión unidireccional de contenidos cognitivos, donde el rendimiento es evaluado mediante criterios de selección y exclusión. Don Aurelio, por el contrario, encarna el paradigma del

Maestro Huella que transforma la praxis educativa en una respuesta ética ante la vulnerabilidad del ser humano.

La intervención de Don Aurelio ante la humillación sufrida por Manuel a manos de Julián no fue un simple acto de disciplina o corrección de conducta; constituyó una lección magistral de equidad real y deconstrucción del habitus de clase. Al asignar a Sony la tarea de acompañar la mano de Manuel, el maestro no aplicó una igualdad formal abstracta —que habría dejado a Manuel abandonado a su propia impotencia frente al rendimiento exigido—, sino que instauró la lógica de las «banquetas asimétricas». El andamiaje afectivo y tutorizado brindado a Manuel representó esa "banqueta más alta" requerida por el sujeto cuya historia ha sido marcada por la desposesión material y el trabajo infantil.

Desde la ética de la alteridad radical de Emmanuel Lévinas, el encuentro de Don Aurelio y Sony con Manuel en el umbral de la escuela durante la tormenta dramatiza la revelación del Rostro. El Rostro del Otro no es una representación estética ni una categoría

conceptual; es una desnudez ontológica que se impone a la conciencia con la fuerza de un mandato primordial: «No me dejes solo en mi miseria; no me abandones a la muerte». Al arrodillarse ante Manuel, sujetar su rostro y prometer la salvación de su familia, Don Aurelio ejecutó una ruptura radical con la apatía del sujeto moderno. La enseñanza dejó de ser un discurso sobre las virtudes para convertirse en una «Economía del Don» y un acto de entrega donde el maestro pone su propia vida como garantía de la dignidad del estudiante. Asimismo, la acción conjunta de Don Aurelio (el maestro) y Don José Hipólito (el padre carpintero) internándose en la tormenta para rescatar a la familia campesina ejemplifica el Arjé comunitario y la sincronicidad ética. La escuela y el hogar no funcionan como instituciones aisladas o contrapuestas, sino como un continuo ontológico donde el logos científico, el trabajo artesanal y el cuidado maternal se amalgaman para sostener la vida frente al desamparo. Sony, al ser testigo de esta alianza sagrada entre el saber y el trabajo al servicio del necesitado, interiorizó el núcleo axiológico que más tarde definiría su propia identidad

docente: la certeza de que el conocimiento carece de valor si no está impulsado por el amor pedagógico y la compasión.

Esta experiencia infantil selló en el espíritu de Sony la deconstrucción definitiva del modelo de las «cajitas de fósforos» de la educación tradicional. La verdadera lección de ese día no estuvo escrita en la libreta de caligrafía ni en los textos de historia; estuvo grabada en el barro del camino, en el farol encendido bajo la lluvia y en la mirada serena del maestro que regresa con los desposeídos a salvo. Allí nació en Sony la convicción de que la docencia de excelencia es una trinchera de resistencia humana y un ejercicio incondicional de respuesta al Rostro del prójimo.

La quietud tras la tormenta y la huella imborrable

El amanecer del día siguiente emergió sobre el valle de Vilcabamba con una claridad cristalina y un silencio majestuoso. La tormenta de la víspera había pasado, dejando tras de sí un aire puro que olía a tierra lavada, a pino mojado y a eucalipto. Los rayos del sol matutino atravesaron las montañas, bañando de un dorado cálido

las tejas rojas de la escuela rural y haciendo brillar las gotas de rocío suspendidas en las hojas del jardín.

Dentro del salón de clases, el desorden de la noche anterior había sido pulcro y amorosamente corregido. Doña Carmen había venido muy temprano desde la casa trayendo jarras de café caliente, tortillas de tiesto y queso fresco para la familia de Manuel y para los niños que habían pernoctado en la escuela. Los parvulitos jugaban tranquilos en un rincón del piso de madera, mientras el humo de la estufa se elevaba suavemente hacia el cielo azul por la chimenea de lata. Manuel estaba sentado en su pupitre junto a Sony. Llevaba puesto un suéter de lana grueso, algo grande para su talla, que Don Aurelio le había regalado de sus propios guardarropas. Su rostro, lavado y sereno, ya no reflejaba el terror de la víspera. Tomó el lápiz de grafito con sus dedos aún marcados por el trabajo, pero esta vez su mano no temblaba. Miró a Sony, atisbó la primera letra dibujada en el cuaderno de su compañero y, con una lentitud paciente y concentrada, comenzó a copiar el trazo sobre su libreta.

Sony no le dijo nada. Simplemente le sonrió con una complicidad profunda y le acomodó la esquina del cuaderno para que le resultara más cómodo escribir. En esa mirada silenciosa entre los dos niños se selló una alianza de fraternidad que ni el tiempo ni la distancia lograrían borrar jamás.

En el frente del aula, Don Aurelio estaba de pie junto a la pizarra negra. Borró con un paño húmedo la frase del día anterior y, tomando un trozo nuevo de tiza blanca, escribió con su caligrafía elegante y firme las siguientes palabras:

«La huella de un hombre no se mide por la tierra que pisan sus pies, sino por los rostros que ha logrado iluminar en la oscuridad de la noche.»

El maestro dejó la tiza en la ranura de madera, se dio la vuelta y contempló a sus alumnos. Sus ojos se cruzaron con los de Sony. En esa mirada no había vanidad ni reclamo de reconocimiento; había la paz inefable del hombre que ha cumplido con su deber y la luz serena de quien ha logrado sembrar en el alma de un niño la semilla de la trascendencia.

Sony miró la frase escrita en la pizarra, contempló la mano de Manuel trazando con éxito la primera palabra en el papel, y sintió un calor profundo en el centro del pecho. A sus seis años, en el umbral de aquella escuela de pueblo batida por los vientos de la cordillera, el niño había descubierto la gran verdad de su existencia. Supo con una certeza absoluta que cuando fuera grande no querría ser otra cosa en el mundo que un Maestro Huella: un ser capaz de encender faroles en la tormenta, de sostener las manos temblorosas de los débiles y de hacer de la vida un acto de entrega ininterrumpida a los demás.

CAPÍTULO III: LA ADOLESCENCIA Y EL COLEGIO: LAS GRIETAS DEL ALMA, LA CRISIS EXISTENCIAL Y LA LLAMADA DE LA PEDAGOGÍA

«La lectura febril bajo las sombras de la noche, el cuestionamiento de las certezas heredadas, la irrupción de las grietas ontológicas y el despertar del fuego vocacional.»

Las noches de candil, las grietas del alma y el descubrimiento de los clásicos

En la segunda planta de la casa familiar, la pequeña buhardilla, con su techo a dos aguas de vigas desnudas y tejas por las que silbaba un viento cordillerano glacial, era el refugio clandestino de Sony durante su adolescencia. A sus quince años, el mundo que a la infancia le había parecido sólido y transparente —ordenado por la plomada de su padre José Hipólito y el amor maternal de Carmen— había empezado a resquebrajarse por todas partes. Un malestar vago, como una huelga del alma contra la rutina diaria, se había asentado en el centro de su pecho, robándole el sueño y llenando sus días de preguntas sin respuestas.

El pueblo de Vilcabamba roncaba bajo la densa cobija de la niebla nocturna, y Sony estaba despierto en su escritorio de pino. A la luz vacilante de un candil de keroseno, cuya llama temblaba al ritmo de las corrientes de aire, el joven devoraba con avidez febril los libros que rescataba de la vieja biblioteca del párroco o de los baúles olvidados de un tío normalista. Para él, el olor de aquellos tomos manoseados, mezcla

de papel envejecido, moho dulce y tinta seca, era más embriagador que cualquier bálsamo.

Aquella noche de julio, pasaba sus dedos temblorosos por las gastadas páginas de «Demian», de Hermann Hesse. Leía en la penumbra, con los ojos ardientes de cansancio y el corazón latiendo a toda prisa en el pecho: «Yo sólo quería intentar vivir lo que tendía a brotar espontáneamente de mí. ¿Por qué había de ser tan difícil para mí?». La frase le estallaba en la mente silenciosa. En la silla de espaldas rectas, Sony se echaba hacia atrás, mirando las sombras que el candil proyectaba sobre las vigas de madera, experimentando una agitación física y espiritual que no podía describir.

No era el único que andaba perdido. Por las páginas de los libros Sony había sabido de la existencia de una patria secreta poblada por espíritus atormentados pero lúcidos. A Demian le siguieron los desgarradores pasajes de Bajo la Rueda, donde Hesse denunciaba la violencia sistemática con que la pedagogía oficial y la rigidez institucional aplastan la delicada brotación del alma juvenil. Para Sony cada línea de aquel libro era un espejo de su sofocación en el colegio nacional.

Después irrumpieron las lecturas de Franz Kafka. En la penumbra de su buhardilla, Sony se estremecía al leer la Carta al Padre, comprendiendo la tragedia del hijo acobardado bajo la sombra de un poder patriarcal avasallador; sufría el absurdo desolador de La Metamorfosis y El Proceso, donde el ser humano es convertido en un monstruoso insecto o procesado por tribunales invisibles por el solo delito de existir. Y por último como una descarga eléctrica de lucidez y de peligro los textos de Friedrich Nietzsche: Así habló Zaratustra, La gaya ciencia y Sobre verdad y mentira en sentido extramoral.

—¿Y si todo lo que me han enseñado como verdad no es más que una ilusión conveniente? —se repetía Sony en un monólogo interior convulso, contemplando la llama azulina del candil—. ¿Y si la escuela, la religión, las costumbres, en vez de buscarnos la libertad, se proponen adiestrarnos para que aceptemos la servidumbre sin protestar?

Las grietas de su alma no eran una simple patología de la adolescencia; eran las hendiduras ontológicas por donde empezaba a colarse la luz de la conciencia

crítica. Con los dedos, Sony tocaba el borde de sus propios miedos: el espanto de convertirse en un hombre autómata, un empleado gris, sin pasiones ni ideales, un adulto resignado a la mediocridad del rendimiento. En la soledad de la noche, entre los espectros literarios de Hesse, Kafka y Nietzsche, el muchacho se batía en la lucha original por la conquista de su propia autenticidad.

La rigidez del colegio nacional, la deshumanización pedagógica y la lucha de las sombras

El escenario cotidiano de la vida de Sony era el Colegio Nacional "Bolívar", una mole imponente de cemento gris, portones de hierro y pasillos infinitos, situado en la cabecera cantonal. Allí se congregaban más de mil adolescentes de las distintas parroquias y recintos de la región. Si el colegio rural de Don Aurelio había sido un santuario de acogida y paciencia, el colegio nacional era una fábrica de uniformación biopolítica para formar cuerpos dóciles y mentes disciplinadas.

El ritmo de la jornada lo marcaba el timbre eléctrico, cuyo sonido estridente y metálico cortaba el aire cada cuarenta y cinco minutos, con la precisión de una

guillotina. Con cada timbre, cientos de alumnos vestidos con los mismos uniformes —pantalón caqui, camisa blanca bien abotonada hasta el cuello y cinturón de cuero negro— tenían que marchar en fila por los pasillos, guardar un silencio total y alinearse en el patio de cemento bajo el sol abrasador o la lluvia fría para rendir homenaje a la autoridad.

Casi todos los profesores del colegio encarnaban el modelo de educación bancaria y autoritaria que denunciaba Paulo Freire. Los inspectores de la memoria, eran funcionarios del programa que entraban en el aula con cara seria, dictaban párrafos interminables de libros de texto anticuados sin mirar a los ojos a los estudiantes, y exigían en los exámenes la repetición textual de las definiciones. El error no era visto como un peldaño en el aprendizaje, sino castigado con la humillación pública, la nota punitiva en rojo o la expulsión al pasillo.

En aquel engranaje impersonal, Sony se sentía un auténtico “extranjero”. Recordaba la mesa caliente de su madre, la plomada recta de su padre y la mirada compasiva de don Aurelio, y la comparación le daba

una profunda náusea. En la clase de Historia, el profesor —hombre rígido, que siempre vestía de terno oscuro y llevaba bajo el brazo una regla de madera— exigía aprender de memoria las fechas de las batallas y los nombres de los generales, y prohibía tajantemente cualquier pregunta sobre las causas sociales de la pobreza o sobre el sufrimiento de los pueblos indígenas.

—En esta sala no se viene a filosofar ni a dar opiniones personales, Mendieta —gritó el profesor un martes por la mañana, cuando Sony se atrevió a cuestionar la versión oficial de una masacre de obreros—. ¡Aquí venimos a aprender lo que pone en el texto y a callarnos la boca! ¡Póngase en pie y repita la fecha exacta del decreto, o me voy a la inspección general!

El joven se levantó, sintiendo en las sienes la sangre que le hervía. Miró a los compañeros de curso: la mayoría seguía con la cabeza gacha, copiando mecánicamente las fechas en los cuadernos, anestesiados por el miedo o por la apatía. Unos pocos, contagiados del cinismo del ambiente, sonreían con burla disimulada. En ese momento, Sony comprendió

la espantosa eficacia del sistema: la educación autoritaria no sólo aplastaba el pensamiento crítico, sino que enseñaba a las víctimas a aceptar su propia esclavitud.

En los recreos, mientras una multitud de adolescentes corría ruidosa por el patio de cemento o se agrupaba para imponer las jerarquías de la fuerza física y la violencia machista, Sony se refugiaba en el rincón más alejado, bajo la sombra de un viejo ciprés que, milagrosamente, sobrevivía junto al muro trasero del colegio. Allí, de su mochila, sacaba sus libros de Hesse y de Kafka, buscando en la literatura el oxígeno que el aula le negaba.

Pero la lucha interna de Sony era encarnizada. La soledad empezaba a pesarle como una condena de plomo. En los momentos más desolados se preguntaba a sí mismo: «¿Por qué no puedo ser como los demás?». «¿Por qué no puedo con eso de memorizar el texto, sacar buenas notas, jugar al fútbol y que no me pasen cosas malas? ¿Qué es lo malo de mí?». Con frecuencia le asaltaba la tentación de rendirse, de matar la llama de sus inquietudes y amoldarse al molde de la masa

acomodada. Se trataba de la lucha entre la comodidad del rebaño y el doloroso imperativo de la autenticidad.

La cátedra del profesor Camilo, el debate sobre la verdad y la chispa vocacional

Fue un viernes de noviembre, en la última hora del día escolar, cuando se produjo el punto de inflexión en el desierto existencial de Sony. Le tocaba Lengua y Literatura con el Profesor Camilo, un joven profesor que acababa de llegar hacía dos meses al colegio, reemplazando al viejo profesor que se había jubilado.

En el gris paisaje de la institución, el profesor Camilo era una figura totalmente inusual. Tenía unos treinta y cinco años, el pelo algo largo y revuelto, llevaba una chaqueta de pana marrón muy gastada en las coderas y se paseaba por los pasillos con un portafolios de cuero lleno de libros hasta el borde. A diferencia de sus colegas, no llevaba una regla de madera, no llevaba una libreta de sanciones; llevaba en los ojos la chispa viva de una pasión contagiosa.

Esa tarde, había un cansancio abrumador en el aula. Los alumnos estaban esperando ansiosos a que sonara la última campanada para salir corriendo del colegio. El

Profesor Camilo entró en el salón, dejó el maletín sobre el escritorio, pero en vez de sentarse o pedir la lista de asistencia, se dirigió al centro del salón, tomó un trozo de tiza y con letras rotundas y firmes escribió en la gran pizarra una sola pregunta:

¿Qué es la verdad?

Un murmullo extraño y molesto corrió por las filas de pupitres. Un chico de atrás de la fila levantó la mano y respondió con indiferencia:

—Lo que está en los libros de texto es la verdad, profesor... Lo que nos enseñan para los exámenes.

El Profesor Camilo no se burló ni reprendió la respuesta. Se cruzó de brazos, miró al alumno con una sonrisa cálida y le dijo:

—¿Y qué tal si la mentira que crees fue escrita en el libro de texto para que tú la creas y puedan dominarte? ¿Es todavía esa la verdad?

El aula se quedó súbitamente en silencio. Por primera vez durante todo el año los cincuenta adolescentes pusieron toda su atención en la figura del maestro. De su bolsillo, Camilo sacó un pequeño volumen doblado ya por el uso: era _Sobre verdad y mentira en sentido

extramoral_, de Friedrich Nietzsche. Sin la autorización del programa ni consulta de la guía oficial, se lanzó a leer un fragmento con voz profunda, clara y apasionada:

¿Qué es, pues, la verdad? Un ejército en marcha de metáforas, metonimias, antropomorfismos… las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son, metáforas que se han vuelto trilladas y sin fuerza sensible…».

Camilo cerró el libro, miró a la clase y les dijo:

-Nos han enseñado a obedecer verdades fabricadas por otros. Nos han dicho lo que debemos pensar, lo que debemos desear, y a lo que debemos tenerle miedo. Pero la educación verdadera no es aquella que te entrega verdades hechas como si fueran latas de supermercado. La educación verdadera es aquella que te da las herramientas para que tú mismo puedas romper las capas de engaño, pensar con tu propia cabeza y atreverte a construir tu propio destino. ¿Hay alguien en este salón que se atreva a dudar de lo que le han enseñado hasta hoy?

Un violento escalofrío recorrió la espalda de Sony. Era como si el Profesor Camilo estuviese leyendo directamente de las secretas páginas de sus cuadernos nocturnos. Una fuerza irrefrenable, que por un momento venció toda su timidez, lo impulsó a levantar la mano y ponerse en pie.

—Oiga, profe... —dijo Sony con voz firme, pero temblaba de emoción—. Duele dudar. En este colegio se castiga a los que dudan. Nos enseñan a repetir como loros para posponer nuestra propia vida. Leemos a los clásicos para memorizar sus fechas de nacimiento, no para permitir que sus preguntas nos destruyan la comodidad. Nos están enseñando a ser esclavos educados.

El salón lanzó un grito ahogado. Todos estaban esperando que el Profesor Camilo echara en el acto a Sony por atreverse a decir semejante blasfemia en voz alta. Pero el maestro no frunció el ceño. Sus ojos brillaron con una alegría muy intensa. Se acercó al pupitre de Sony, lo contempló con respeto absoluto y le dijo en voz baja, pero lo suficientemente alto como para que todo el curso lo oyera:

—Has dicho algo cierto, y terrible y luminoso, Sony. Sí, dudar duele. Pero el alma muere bajo la anestesia de la obediencia ciega. Mil veces prefiero un alumno que sufre por pensar que un ejército de estudiantes aprobados que han renunciado a su calidad humana.

Cuando sonó el timbre que indicaba el fin de la jornada, los alumnos salieron apresuradamente del aula. Sony recogió lentamente sus cosas, listo para irse, cuando desde el escritorio lo llamó el Profesor Camilo:

—Sony, quédate ahí un momento, por favor.

Sony se acercó a la mesa. El maestro le echó una mirada larga, advirtiendo las ojeras —señales de las noches febriles en la buhardilla—, y el borde de un volumen de Nietzsche que asomaba de la mochila escolar.

—¿Lees a Nietzsche por la noche, Sony? —preguntó Camilo con una sonrisa tranquila.

—Sí, profesor... —confesó el joven, bajando la mirada—. Un Nietzsche, un Hesse y un Kafka. A veces siento que estoy perdiendo la cabeza... Me siento fuera de lugar.

El profesor Camilo suspiró levemente, introdujo la mano en el maletín de cuero y sacó de él un libro, de

edición artesanal, encuadernado en tela verde. Se lo tendió a Sony con ambas manos, como si le estuviera entregando un objeto sagrado.

—No te vuelvas loco, Sony —le dijo el maestro con gravedad entrañable—. Te estás despertando. Y el despertar siempre es doloroso. Pero no cometas el error de usar la filosofía para encerrarte en el cinismo o en el desprecio hacia los demás. No lees a los grandes pensadores para construirte una torre de marfil; los lees para prepararte para el servicio. Toma este libro. No es de Nietzsche; es de un educador ecuatoriano que reflexiona sobre los relatos de vida de los Maestros Huella y la ética de la alteridad. Léelo este finde.

El libro de tela verde fue tomado por Sony. Pesó sus páginas y vio el título impreso en letras doradas: Tareas de filosofía, ética y política.

—¿Por qué me da esto a mí, profesor?—preguntó el muchacho conmovido.

El Profesor Camilo se inclinó hacia él y le dijo al oído la frase que cambiaría su vida para siempre:

—Te lo entrego porque no veo en tus ojos a un simple estudiante de secundaria. Veo a un futuro profesor. Y

este país no necesita más funcionarios de instrucción; necesita urgentemente hombres que se atrevan a encender fuegos en mitad de la noche. La pedagogía, Sony, no es una profesión para ganarse la vida, es una vocación de resistencia para devolverle la dignidad al ser humano. Recuerda siempre que cuando das, das de ti mismo.

La subjetivación existencial y el surgimiento de la vocación pedagógica

Al someter esta etapa de la adolescencia y el encuentro con el Profesor Camilo a un análisis hermenéutico y metodológico desde la perspectiva de la investigación cualitativa biográfico-narrativa, el relato pone al descubierto la estructura interna del proceso de subjetivación existencial y tránsito vocacional. La crisis atravesada por Sony en la buhardilla y en los pasillos del colegio nacional representa la grieta ontológica necesaria para romper con la heteronomía y avanzar hacia la autonomía moral.

Leer febrilmente a Hermann Hesse (Bajo la Rueda, Demian), a Franz Kafka (La Metamorfosis, Carta al Padre) y a Friedrich Nietzsche (Sobre verdad y mentira

en sentido extramoral) no era sólo acumular erudición literaria, sino un ejercicio de desmitificación de los ídolos de la educación autoritaria. Tal como bien lo demuestra la crítica de los Maestros Huella a las mallas curriculares rígidas y deshumanizantes, la institución escolar tradicional actúa con frecuencia como una "maquinaria de aplanamiento" que aplasta la singularidad del estudiante bajo el imperio del rendimiento y la disciplina ciega. La náusea y el aislamiento de Sony fueron la respuesta inmunológica de su espíritu ante la violencia biopolítica del sistema.

En este escenario de desolación, la irrupción del Profesor Camilo encarna de forma prístina la aparición del Maestro Huella de la Educación Secundaria. Conforme a los hallazgos sobre la trayectoria de educadores memorables como Antonio Rodríguez, Pedro Rizzo y Camilo Morán, el verdadero maestro no es aquel que impone un dominio magistral en el aula, sino aquel que sabe reconocer la herida existencial del estudiante y transformarla en potencia creadora. Cuando se plantea la pregunta «¿Qué es la verdad?». Al validar públicamente la duda crítica de Sony, Camilo

desarticuló la lógica de la "educación bancaria" para instaurar un espacio de liberación dialógica.

El regalo del libro de ética y la enunciación de la máxima «¡CUANDO DAS, TE DAS!». trabajaron en Sony como un bautismo vocacional. Para la fenomenología de Emmanuel Lévinas y Fernando Rielo, la vocación no es un cálculo egoísta de carrera o de estatus profesional, es una respuesta incondicional a la llamada del Otro. El Profesor Camilo no brindó a Sony un refugio narcisista en la filosofía pura, sino que redirigió su dolor hacia la responsabilidad pedagógica: el descubrimiento de que la única forma de salvar la propia humanidad herida por el sistema es consagrando la vida al amparo y la emancipación de las generaciones venideras.

El valor hermenéutico de este capítulo radica en que muestra que el nacimiento de un Maestro Huella pasa por la noche oscura de la duda existencial. El profesor que no haya sentido sobre su propia piel el peso del absurdo, de la injusticia y de la soledad, difícilmente podrá desarrollar la sensibilidad compasiva necesaria para acoger el Rostro vulnerable de sus propios

alumnos. La pedagogía no se llama desde la comodidad del aula perfecta, sino de las grietas de la vida que se quieren curar con la entrega generosa del amor pedagógico.

La noche iluminada y la promesa del cuaderno

La noche había cerrado del todo cuando Sony salió del edificio del colegio nacional. La ciudad tenía un aire gélido y transparente y arriba, en el cielo despejado de la sierra, miles de estrellas centelleaban con la intensidad de pequeños diamantes prendidos sobre una capa de terciopelo negro. El rumor del tráfico de la ciudad y las luces de las casas a lo lejos parecían tomar un aspecto nuevo, lleno de una misteriosa promesa.

Paso a paso, Sony fue avanzando por el camino de tierra que conducía a su pueblo de Vilcabamba. No sentía el peso de la mochila, ni el frío que entumecía sus manos. Una hoguera limpia y pacífica ardía sobre su pecho. Apretó contra su costado el libro de tela verde que le había dado el Profesor Camilo y sintió que llevaba consigo el mapa del tesoro más valioso del mundo.

Llegado a casa, pasó silencioso por la cocina en la que su madre Carmen leía junto al fogón, le dio un beso cariñoso en la frente que sorprendió y conmovió a la mujer, y se dirigió directamente a su buhardilla. Prendió la lámpara de kerosene, pero ahora no abrió los libros de Kafka ni las páginas oscuras de Nietzsche para atormentarse con sus abismos. Apartó todo a un lado y tomó su libreta de tapas duras —la misma en que había aprendido a escribir con Don Aurelio hacía años— y abrió una página en blanco.

Con mano firme tomó el lápiz de grafito. Miró la llama del candil que alumbraba las vigas de madera de su refugio, suspiró profundamente y con letra clara, serena e indestructible escribió lo siguiente:

Esta noche he entendido cuál es mi misión en el mundo. No he venido a ser espectador mudo del dolor ni esclavo de la prisa ajena. Voy a ser maestro. Seré un maestro que oiga la herida de sus alumnos, que respete la veta de su alma y no apague nunca la chispa de su libertad. No enseñaré a dominar, enseñaré a liberar. Y si en algún momento el cansancio me tienta a rendirme,

recordaré las palabras del Profesor Camilo y la lección de mi hogar: ¡Porque solo cuando das, te das!.

El lápiz quedó sobre la mesa por acción de Sony. Cerró la libreta con cuidado, como quien sella un pacto sagrado con el universo. Apagó con un soplido suave la llama del candil, y por primera vez en muchos meses, se acostó en su cama completamente tranquilo. Por la ventana del desván, velaban su sueño las estrellas de la sierra. Las heridas de su alma no se habían curado, pero por ellas había brotado para siempre la luz inagotable de su vocación pedagógica.

CAPÍTULO IV: LA UNIVERSIDAD COMO UMBRAL: LA FORJA INTELECTUAL, LOS DEBATES ÉTICO-POLÍTICOS Y LA ELECCIÓN DE LOS PRINCIPIOS

«Los pasillos de la universidad pública, el murmullo de las asambleas, el encuentro con los maestros memorables, las encrucijadas éticas de la juventud y la opción incondicional por la alteridad.»

El umbral de la casona universitaria y la geografía del saber popular

La casona universitaria de la Universidad de Guayaquil abría sus puertas al amanecer como un inmenso santuario de piedra, madera y cemento, latiendo al ritmo de los miles de pasos que diariamente cruzaban sus portones de hierro forjado. Para Sony, que venía de la quietud andina de Vilcabamba llevando en su equipaje la plomada de su padre José Hipólito, la ternura de su madre Carmen y las lecciones nocturnas del Profesor Camilo, pisar los pabellones de la universidad pública fue sentir el sobrecogimiento del iniciado que traspasa el umbral de un templo sagrado.

El aire en los pasillos abovedados olía a una mezcla embriagante de tinta fresca de mimeógrafo, café cargado en vasos de papel, humedad de río por el borde del malecón y el perfume acre de miles de libros viejos amontonados en los anaqueles de la biblioteca central. No era una institución dócil ni silenciosa, era un territorio convulso y vibrante donde el conocimiento se respiraba como un derecho conquistado a sangre y fuego. Sobre las paredes de los corredores convivían los

carteles impresos en la tipografía de la prensa obrera, los murales de colores rabiosos que dibujaban las luchas campesinas e indígenas, las proclamas estudiantiles, y los solemnes retratos de los fundadores del pensamiento humanista ecuatoriano.

A sus diecinueve años Sony caminaba entre la muchedumbre de estudiantes portando una carpeta de cartón prensado donde guardaba sus primeros cuadernos de apuntes. Sentía en el pecho el latido desbocado de quien sabe que está pisando la frontera donde se decide el destino de todos. Jóvenes de todos los rincones de la patria se apretujaban a su alrededor: campesinos del litoral de manos curtidas por el machete, muchachas de los barrios populares que trabajaban de noche para pagar el billete del autobús, e intelectuales autodidactas de provincias. Y todos, apretados en las graderías de mármol desgastado, discutían acaloradamente sobre la reforma agraria, la epistemología del conocimiento, la responsabilidad social del universitario.

—Esta universidad no es de la burocracia ni de las élites que pretenden vender el conocimiento como si fuera

mercancía —gritaba habitualmente un líder estudiantil desde la altura de un banco en el patio central, rodeado de un círculo de oyentes atentos—. ¡Esta casa es la casa de los que no tienen casa! ¡Aquí no se viene a buscar un título para ponerse a los pies de los poderosos; se viene a forjar el cerebro y el corazón para emancipar al pueblo!

Sony escuchaba, mudo, recostado contra la columna de hormigón. Las palabras del orador le sonaban al alma, pero el joven quería algo más profundo que la simple proclama ideológica de panfleto: quería una fundamentación ontológica y ética que le diera verdadero sentido a su vocación de educador. Recordaba la frase que el Profesor Camilo le había dicho al entregarle el libro de tela verde: «El país no necesita más funcionarios de instrucción; necesita hombres que tengan el valor de encender fuegos en la noche».

Subiendo las escaleras a las clases en el ala principal, el muchacho vio la luz de la mañana que derramaba sus rayos dorados a través de las altas ventanas. Miraba a los profesores que entraban a sus cátedras con

maletines desgastados por el uso y a los estudiantes que se agolpaban en las puertas para conseguir un asiento en las primeras filas. El umbral decisivo había sido comprendido por Sony. La universidad no era una simple prolongación del colegio; era el laboratorio existencial donde las preguntas sembradas en la buhardilla de la infancia tendrían que enfrentarse a la prueba del rigor científico y a la prueba del compromiso moral.

La universidad mercantilizada y la cátedra memoriosa de los Maestros Huella

Rápidamente, Sony comprobó que la universidad pública tampoco escapaba a las profundas contradicciones y patologías que asolaban al sistema educativo nacional. Por sus pasillos coexistían dos mundos irreconciliables: de un lado, el sector de una pedagogía mercantilizada, eficientista y burocrática, representado por profesores arcaicos que entendían la cátedra como una propiedad privada, obligaban a comprar sus folletos mal impresos como único requisito para aprobar la materia y evaluaban mediante exenciones punitivas que aterrorizaban a los

estudiantes más vulnerables; del otro lado, el luminoso santuario de la cátedra memoriosa y emancipadora, custodiado por una inolvidable estirpe de educadores llamados Maestros Huella.

Fue en las aulas de este segundo grupo donde la existencia de Sony encontró su verdadero sentido epistemológico. Sony nunca olvidaría aquella primera clase de Psicología y Filosofía de la Educación, que dictó el Doctor Pedro Humberto Vargas. El Doctor Vargas no entraba al aula a imponer una autoridad distante ni a exhibir sus títulos académicos; se acercaba al escritorio con humilde serenidad, miraba con ternura infinita a los más de ochenta jóvenes que abarrotaban el salón —muchos de ellos de pie junto a las paredes por falta de pupitres— y empezaba a hablar con una voz profunda, cálida y pausada, que convertía el bullicio del pasillo en un silencio de veneración.

—Jóvenes —decía el Doctor Pedro Vargas mirando con sus ojos limpios la multitud—, la psicología y la pedagogía que no sirven para curar la herida del niño golpeado, del adolescente incomprendido o del campesino humillado, son pura palabrería vacía. El

hombre no es un mecanismo de estímulo y respuesta que se entrena como una bestia de carga. La personalidad moral se construye en los cuidados primordiales de los padres, en la calidez del hogar y en la empatía del aula. Si un profesor destruye la autoestima de un alumno con un insulto o una nota injusta, está cometiendo un crimen contra la vida.

En otro aula del pabellón de arquitectura y ciencias sociales, Sony conoció a la doctora María Augusta Hermida. Con deslumbrante lucidez conceptual y firmeza ética inquebrantable, la profesora Hermida deconstruía el modelo hegemónico de la educación tradicional.

—Nos han acostumbrado a ver la universidad como un conjunto de «cajitas de fósforos» —denunciaba la Dra. Hermida, ante el pizarrón dibujando rectángulos aislados entre sí—. Una cajita para la técnica, otra para la teoría, otra para la economía, y una cajita minúscula de dos créditos para la ética al final de la carrera. ¡Eso es una amputación del conocimiento! La realidad no está repartida en cajas de fósforos, la vida es una trama compleja, es un territorio poblado por cuerpos que

sufren. Dirigir una universidad o enseñar una cátedra es romper los silos cognitivos y construir una «Arquitectura del Rostro», una pedagogía basada en la equidad real y en las «banquetas asimétricas»: dar más apoyo, más presupuesto y más herramientas a quienes la historia le ha quitado todo.

Asimismo los encuentros dialógicos con el Doctor Cristhian Arias abrieron en la mente de Sony el entendimiento de la «Economía del Don» y la evaluación no punitiva. El doctor Arias sostenía que el examen no debe ser una guillotina para cazar al estudiante en el fallo, sino un espacio de acompañamiento donde el error se vuelve oportunidad de crecimiento. «No evaluamos para mostrar nuestro poder desde el estrado, sino para sanar y elevar al estudiante», afirmaba Arias con la autoridad de quien vivía lo que enseñaba.

En las cátedras de ética y de política, la figura insigne del Dr. Camilo Morán Rivas marcaba el horizonte de la responsabilidad pública. El doctor Morán, que gozaba de una reputación inmaculada y de una absoluta consagración al bienestar público, decía como si fuera

un axioma: «El sabio que vende sus luces al mejor pagador mancha la toga de la ciencia. La toga del universitario debe mantenerse sin mácula ante las tentaciones del dinero fácil y las sirenas del poder político corrupto».

Pero para Sony el conflicto no era sólo teórico, sino que constituía una experiencia cotidiana de gran tensión. Los Maestros Huella inspiraban a la excelencia moral; pero la corriente mercantilista de la universidad pesaba como una losa. Un sector de profesores cínicos se burlaba abiertamente de los ideales de Vargas, Hermida y Morán.

—No se deje llevar por esos discursos románticos de la ética y la alteridad, Mendieta —le decía con sorna un profesor de metodología tradicional, un hombre obsesionado con las métricas cuantitativas y los negocios de consultoría privada—. El mundo real no se mueve ni con poesía ni con compasión. El mundo real es una feroz competencia. Quien no aplasta a su vecino, queda debajo. Lo único que cuenta aquí es publicar rápido, hacer contactos con los que mandan y

asegurarse el puesto. La ética es para débiles que no saben ganar dinero.

Sony sentía una opresión en el pecho y lo escuchaba con indignación. Sus dos visiones del mundo se golpeaban dentro de él con la potencia de dos placas tectónicas. La tentación de ceder, de amoldarse a la corriente dominante, de buscar el camino fácil de la complacencia con los poderosos para asegurar una carrera académica brillante y sin sobresaltos, acechaba sus noches de estudio en su modesta habitación de pensión.

La encrucijada de la beca, el chantaje académico y la opción firme

La crisis sobrevino con violencia en mitad de su último año de universidad, colocando a Sony en la encrucijada ética más dramática de su juventud.

Por su sobresaliente rendimiento académico y por la profundidad de sus trabajos de investigación narrativa, el Decanato de la Facultad había abierto una convocatoria para una prestigiosa beca de posgrado internacional en Europa, que incluía un nombramiento inmediato como profesor asistente en la universidad al

regresar. Para un chico de clase baja como Sony, cuyos padres en Vilcabamba vivían aún del oficio artesanal de la carpintería y de la digna miseria, aquella beca representaba no sólo la cima de sus aspiraciones intelectuales, sino la garantía de sacar a sus padres de la pobreza material.

Con un esmero impecable, Sony preparó su expediente. Presentó una propuesta de investigación sobre los Relatos de vida de los Maestros Huella y la reconstrucción del tejido ético en la educación superior. Tras varias rondas de evaluaciones, la comisión académica decidió que la propuesta de Sony era, por mucho, la más sólida y brillante de todos los postulantes.

Sin embargo, tres días antes de la publicación oficial de los resultados, Sony fue convocado a la oficina del Doctor Albán, el Vicedecano de la facultad, un hombre poderoso dentro de la estructura burocrática universitaria, ligado a sectores políticos influyentes y conocido por sus oscuros métodos de clientelismo.

Sony entró a la oficina con paredes alfombradas y aire acondicionado gélido. Albán, sentado detrás de una

gran mesa de caoba, lo recibió con una sonrisa fingida y le hizo señas para que tomara asiento.

—Mendieta... —repuso Albán, jugueteando con un bolígrafo de oro entre sus dedos—. Su expediente está impecable. Los miembros de la comisión se maravillan de su trabajo sobre los relatos de vida. Ya es prácticamente suyo el pasaporte para Europa. Pero usted sabe bien cómo funcionan las instituciones. Necesitamos su colaboración en un asunto de suma importancia para la facultad para que el Consejo Directivo ratifique sin contratiempos su nombramiento. Un escalofrío de mal agüero le heló a Sony la boca del estómago.

—¿De qué se trata, doctor Albán? —preguntó el joven con mirada fija.

Albán se inclinó sobre el escritorio y, bajando la voz a un tono confidencial, dijo:

—Es la investigación administrativa que está en marcha contra el profesor Camilo Morán y la doctora María Augusta Hermida por las denuncias que han realizado sobre las irregularidades en los fondos de investigación y el presupuesto de la universidad. Es el

asistente de investigación más cercano a ellos, y tiene acceso a sus archivos y borradores. Hagamos que firme este informe levantado por la asesoría jurídica, donde se señala que ambos profesores utilizaron recursos institucionales para actividades ideológicas no autorizadas. Un simple trámite Mendieta. Usted firma esto, demuestra su lealtad a la autoridad de la facultad, y el mismo lunes se le entrega la resolución de su beca a Europa con pasajes pagados y viáticos completos.

Después de las palabras de Albán, se hizo un silencio tan profundo que Sony podía escuchar el zumbido del aire acondicionado y los acelerados latidos de su propio corazón. El chantaje era inmisericorde, brutal y diáfano. Si Sony firmaba aquel documento falso, destruía la carrera y la honra de los dos maestros que le habían enseñado el significado de la dignidad, pero se aseguraba su propio futuro profesional y la tranquilidad económica de su familia. Si se negaba no solo perdería la beca internacional por la que había trabajado años de su vida, sino que se exponía a ser perseguido, vetado en las convocatorias de cátedra y condenado al ostracismo académico.

Miró Sony el papel que tenía encima de la mesa. Recordaba las palabras de su padre José Hipólito junto al hilo de plomada en el taller: «El honor de un hombre no se doble ante el favor, ni se tuerza por la conveniencia. El día en que tu palabra no sea recta, habrás dejado de ser dueño de tu propia alma». Recordó el rostro de su madre, Carmen, entregando la harina a la familia hambrienta de Jacinto sin pedir nada a cambio. Recordó los ojos compasivos del Doctor Pedro Vargas cuando habló de los cuidados parentales, la voz valiente de María Augusta Hermida defendiendo las banquetas asimétricas de la equidad, y la sentencia de Camilo Morán sobre la ética del docente.

Sony miró al Doctor Albán fijamente a los ojos. La confusión y la tentación que lo habían acosado los últimos días desaparecieron súbitamente, dejando en su lugar una claridad limpia, helada e indestructible.

—Doctor Albán…—dijo Sony con voz reposada, tranquila, con una firmeza absoluta que hizo vacilar la sonrisa del burócrata… Esos informes no son ciertos. La doctora Hermida y el doctor Morán son los más honestos y éticos que tiene esta universidad. No voy a

ensuciar mi nombre, ni voy a traicionar a mis maestros por una beca, ni por ningún cargo del mundo.

Guárdense su documento y guárdense su beca... La dignidad no tiene precio.

Albán mudó el semblante. Sus ojos se llenaron de rabia. Cogió el informe, lo tiró contra el escritorio y amenazó con voz envenenada:

—¡Pero qué imbécil arriesgado es usted, Sony Mendieta! ¡Se acaba de destruir la carrera universitaria antes de empezar! En esta escuela no va a volver a tener una sola oportunidad. ¡Sal de esta oficina inmediatamente!

Sony se levantó de la silla, se alisó la chaqueta de paño, miró al Vicedecano con una tranquila lástima que desarmó el furor del tirano y salió de su despacho con el paso firme de quien acaba de salvar su alma.

La epistemología de lo umbral, la ética convergente y el imperativo de la alteridad

Al someter este episodio de la vida universitaria a una deconstrucción hermenéutica desde la metodología cualitativa biográfico-narrativa y el modelo del Enladrillado Epistemológico, el relato deja al

descubierto la estructura prístina de la encrucijada ética del universitario y el imperativo de la opción por la alteridad. En la trayectoria del Maestro Huella, la universidad no actúa como un mero depósito de conocimientos técnicos, sino como el umbral ontológico en el que el sujeto debe decidir si poner su talento al servicio del status quo opresor o asumir la ciencia como un instrumento de liberación social.

El chantaje del Vicedecano Albán expone la violencia biopolítica y la corrupción estructural que pretenden colonizar las instituciones de educación superior. Ante esta coacción, la negativa de Sony no es una simple reacción emocional de terquedad adolescente, sino la plasmación viva de la ética convergente y la resolución de la conflictividad sincrónica propuesta por Ricardo Maliandi. Sony está atrapado entre el principio de la autorrealización o supervivencia (de obtener la beca para salir de la pobreza) y el principio de justicia o incondicionalidad (no difamar a sus maestros ni traicionar la verdad). Al escoger la justicia aunque signifique un sacrificio personal, el joven actualiza la tradición de la "ética del docente" que preconizaba

Camilo Morán Rivas. Esta decisión es una prueba de la validez teórica de los hallazgos de la Colección Maestros Huella acerca de la constitución de la personalidad moral. Las investigaciones sobre Pedro Humberto Vargas. Lidia Govea y María Augusta Hermida, la resistencia ética frente a la tentación de la corrupción solo es posible cuando el sujeto posee un Arjé relacional sólido, cimentado en la infancia por los cuidados parentales y reforzado en la juventud por el testimonio de profesores memorables. Para Sony, los Maestros Huella universitarios fueron verdaderos "espejos ontológicos" en su vida, al demostrarle que sí era posible ejercer la academia con dignidad, rigor y compasión.

Desde la ética de la alteridad radical de Emmanuel Lévinas, la renuncia a la beca fraudulenta sería la victoria de la «Economía del Don» sobre el cálculo egoísta del sujeto de rendimiento neoliberal. Aceptarlo suponía ser cómplice de la persecución a la alteridad vulnerable, vender su conciencia al mercado de las complicidades burocráticas, y eso Sony lo sabía. Al rechazar la componenda, el joven no quedó derrotado,

sino que alcanzó su verdadera subjetivación como futuro Maestro Huella, afianzando la certeza trascendental de que la única riqueza inajenable del educador es la pureza de su testimonio.

Allí se asienta la lección epistemológica central del capítulo: la excelencia magisterial no se compra con títulos de posgrado obtenidos mediante la claudicación moral. El verdadero maestro es aquel que sabe mantener la rectitud en el umbral de las grandes pruebas, transformando la adversidad en el abono existencial del cual germinará su futura praxis pedagógica.

Los maestros nos dan la bienvenida con un abrazo y nos graduamos en el Paraninfo

La noticia de la dignidad inquebrantable de Sony ante el chantaje del Decanato corrió como un reguero silencioso de pólvora entre los verdaderos universitarios. Arbitrariamente le quitaron la beca internacional para dársela a un becario sumiso al servicio del Vicedecano, pero Sony no se dejó llevar por el desánimo ni la amargura. Siguió yendo a sus clases con la misma pasión y preparando su tesis de

grado con un rigor metodológico e impecable, bajo la tutoría directa de la doctora María Augusta Hermida y el doctor Pedro Vargas.

La noche de la ceremonia de graduación en el Paraninfo Magna de la Universidad de Guayaquil, en el inmenso salón de madera de guayacán y lámparas de araña, el ambiente era de una solemnidad conmovedora. En las gradas estaban don José Hipólito con su mejor traje de paño y con el hilo de plomada en el bolsillo del pecho por pura cábala de amor paternal, y doña Carmen con un chal blanco de lana y las manos juntas en el regazo, enjugándose las lágrimas de orgullo que corrían por sus mejillas.

Cuando se nombró a Sony Mendieta para recibir su título de Licenciado en Ciencias de la Educación, una ovación atronadora, limpia, sincera, brotó desde la barra estudiantil que ocupaba las galerías superiores del paraninfo. El paso sereno del hombre libre dirigió a Sony hacia el estrado.

En el centro de la mesa directiva no estaba el Vicedecano Albán —quien había preferido no asistir esa noche—; estaban el Doctor Pedro Humberto

Vargas, la Doctora María Augusta Hermida, el Doctor Cristhian Arias y el Doctor Camilo Morán Rivas. Fue el mismísimo Doctor Pedro Vargas quien tomó la estola azul y oro de la academia para ponerla en los hombros de Sony. Al decirlo, el viejo maestro se inclinó, apretó las manos del joven con fuerza entrañable y le dijo en un susurro que a Sony le pareció canto de coro celestial:

—Sony, hijo mío querido... Perdiste un papel de beca, pero has ganado la toga de la dignidad que no se marchita. Esta universidad se enorgullece de otorgarte este título, porque sabemos que en tus manos la pedagogía no será un negocio, sino un templo de amor y de justicia. Sal a enseñar al mundo con la cabeza bien alta.

María Augusta Hermida le extendió el título en un sobre de cuero, le dio un abrazo maternal y le dijo al oído:

—Construye la Arquitectura de la Cara allá afuera, Sony. Da siempre al que más sufre la banqueta más alta.

Con el título entre las manos, Sony bajó del estrado. Se dirigió a paso rápido al patio donde le esperaban sus padres. Don José Hipólito no habló palabra; estrechó a

su hijo en un abrazo que le hizo crujir las costillas, y le comunicó toda la energía de su linaje artesanal. Doña Carmen le besó las dos mejillas y le arregló el cuello de la toga con la misma ternura que le arreglaba el pelo para ir a la escuela rural cuando era niño.

En plena luz de la luna, Sony miró hacia los viejos edificios de la casona universitaria. Miró las aulas donde había oído las lecciones de Vargas, de Hermida, de Arias y de Morán, vio las nuevas promociones de jóvenes que entraban por las verjas con sus carpetas de sueños bajo el brazo y tuvo la sensación de que su destino quedaba sellado para siempre.

No iría a Europa, sí; pero permanecería en su patria para regresar a esas mismas aulas en calidad de maestro, para dedicar cada instante de su vida a defender la educación pública, a curar las llagas de los estudiantes menesterosos, a demostrar con su propia existencia que el principio supremo de la vida y del magisterio es y será siempre una verdad inconmovible: ¡CUANDO DAS, TE DAS A TI MISMO!

CAPÍTULO V: EL NACIMIENTO DEL MAESTRO: LAS PRIMERAS AULAS, LA LITURGIA DE LA ENSEÑANZA Y LAS CICATRICES DEL ENCUENTRO YO-TÚ

«El temblor sagrado frente al estrado, el rito inicial del primer día, la deconstrucción de la evaluación punitiva, la filosofía del encuentro Yo-Tú y el aprendizaje de la escucha compasiva.»

El temblor frente al estrado y la liturgia del primer día

En el pabellón central de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación flotaba esa tarde un olor singular a mezcla de tiza molida, humedad de lluvia tropical atrapada en las paredes de hormigón y sudor acumulado de los cientos de estudiantes que entraban y salían en un fluir ininterrumpido. Con su desgastado portafolios de cuero —el mismo que había pertenecido al Profesor Camilo, su maestro—, Sony se detuvo frente a la puerta de madera de la Facultad de la Cátedra de Teoría y Fundamentos de la Educación. Sus dedos enfriados por la emoción sujetaron la manija de bronce antes de que la giraran. A sus veintiséis años, con el título recién registrado y el nombramiento de docente titular interino en la mano, estaba a punto de cruzar el umbral hacia el otro lado del espejo, el lado de la autoridad pedagógica.

Empujó la puerta y la muralla de ruido del interior se detuvo. Más de sesenta pares de ojos se le clavaron en el acto a su persona. La sala estaba atestada hasta el tope: había estudiantes sentados de a dos en los pupitres

de madera raída, jóvenes de pie junto a los ventanales que daban al patio interior, y hasta varios chavales tumbados en el suelo, junto a la puerta, apoyando sus cuadernos en las rodillas. Era la clase nocturna, integrada mayoritariamente por hombres y mujeres que venían directamente de agotadoras jornadas laborales en talleres, oficinas, hospitales y comercios de la ciudad. Sus semblantes expresaban la viva mezcla del cansancio físico, del escepticismo a la defensiva y de una silenciosa expectativa.

Un temblor lejano hizo temblar las piernas de Sony. La memoria por un instante lo llevó al taller de carpintería de su padre José Hipólito en Vilcabamba, a la escuela rural de Don Aurelio bajo la granizada y al aula universitaria del Doctor Pedro Vargas. ¿Tendría él la suficiente altura moral y espesor humano para ponerse delante de aquella muchedumbre de vidas cargadas de historias, de dolores y de esperanzas?

En la parte delantera del aula se levantaba un estrado de madera de dos escalones, sobre el que descansaban el gran escritorio del profesor y un alto sillón de cuero, históricamente diseñado para marcar la distancia

jerárquica y el dominio del catedrático sobre los alumnos. Sony miró el estrado, miró el sillón y tomó su primera decisión pedagógica consciente. Movió la silla de madera a un lado, apoyó su maletín en la mesa y bajó del estrado para situarse exactamente en el centro del pasillo principal, a nivel de piso y a menos de un metro de la primera fila de estudiantes.

No tardó en producirse un murmullo de extrañeza. Los alumnos tomaron asiento, desconcertados ante aquel gesto que rompía el inveterado protocolo de la cátedra tradicional. Por unos segundos Sony permaneció callado. Pasó la mirada lentamente por los rostros de los presentes, deteniéndose en los ojos cansados de una joven madre que amamantaba discretamente a su bebé en el fondo, en las manos callosas de un obrero de la construcción sentado en la tercera fila, y en los rostros expectantes de los muchachos más jóvenes.

—Buenas noches a todos —dijo Sony, con una voz que empezó titubeante pero que muy pronto cobró resonancia, calor y firmeza—.

Me llamo Sony Mendieta. A partir de hoy, soy el profesor que está a cargo de esta cátedra. Pero antes de

ver la malla curricular o hablar de los exámenes quiero que sepan algo fundamental: en este salón no voy a estar sentado detrás de un estrado, ni me voy a esconder detrás de un título académico para tratarlos desde arriba. No los concibo como recipientes vacíos a los que yo vaya a verter conceptos memorizados. Cada uno de ustedes trae aquí un bagaje de vida, de trabajo y de dignidad que yo respeto profundamente. Aquí venimos a pensar juntos, a dudar juntos, a construir una educación que sirva para liberar, no para adiestrar.

El silencio que dejó tras sus palabras no era ya de miedo ni de apatía; era un silencio espeso, atento y hondamente conmovido. En este primer rito de acogida, Sony acababa de instaurar la ontología de la presencia pedagógica, la transformación del aula en un verdadero santuario del encuentro intersubjetivo.

Asimetrías del aula, resistencia a la transposición y "Economía del Don"

La aplicación práctica de una pedagogía emancipadora en el aula universitaria, pronto tropezó con la dura realidad de las resistencias culturales y la lógica del rendimiento utilitario.

Tras años de ser sometidos en el colegio y en otras asignaturas de la facultad a la "educación bancaria", los estudiantes habían interiorizado el hábito de la pasividad. Para muchos, la universidad no era un espacio de búsqueda ontológica, sino una carrera de obstáculos donde lo único importante era memorizar el guion del profesor, obtener la nota mínima de aprobación y conseguir el título que les permitiera mejorar su salario.

El conflicto quedó claramente encarnado en la figura de Ricardo. Ricardo era un estudiante de veintiocho años, dependiente de una aduana privada, que por segunda vez repetía la materia. Ricardo, de complexión robusta, rostro adusto y actitud desafiante, se sentaba siempre al fondo del salón, con los brazos cruzados en el pecho, suspirando fastidiado cada vez que Sony abría el debate o pedía la participación del grupo.

Al terminar la tercera semana de clases, Sony planteó una dinámica de evaluación cualitativa, basada en la transposición didáctica y el ensayo reflexivo, dejando de lado el examen tradicional de preguntas de opción múltiple y optando, en cambio, por un análisis crítico

sobre la realidad educativa en el campo del Ecuador. Ricardo se levantó bruscamente, poniéndose de pie al fondo del aula y encaró al joven profesor con voz destemplada:

—Profesor Sony, digamos las cosas como son. Estamos llegando a la universidad cansados después de diez horas seguidas de trabajo. No disponemos de tiempo para dedicarnos a escribir ensayos filosóficos o a opinar sobre la realidad social. Los otros profesores nos imparten la materia, nos dan el cuestionario de veinte preguntas, memorizamos, rendimos el examen y ya está. ¿Por qué usted nos hace la vida difícil con estas dinámicas? ¿Nos va a poner o no el examen tradicional? Díganos qué hay que memorizar para pasar la asignatura y no hacernos perder el tiempo.

Por varias zonas del salón pasó un murmullo de disimulada aprobación. La sangre le golpeaba en las sienes a Sony. La tentación atávica del maestro acorralado —recurrir a la autoridad del cargo, amenazar con la nota punitiva o silenciar al alumno desobediente mediante la sanción disciplinaria— se hizo presente con una fuerza seductora.

Sony cerró el libro que tenía en sus manos, respiró hondo y recordó las enseñanzas del Doctor Pedro Vargas sobre el origen de la agresividad defensiva en la falta de amparo, y las lecciones del Doctor Cristhian Arias sobre la «Economía del Don» y la evaluación no punitiva. Despacio caminó por el pasillo y se detuvo al lado del pupitre de Ricardo. Le miraba a los ojos, no con la furia del juez exaltado, sino con una serena y profunda empatía.

—Ricardo —replicó Sony con voz pausada pero firme—, comprendo muy bien tu cansancio. Sé que vienes de trabajar diez horas, y sé que el sistema nos ha enseñado a buscar el camino más corto para sobrevivir. Si yo te diera un cuestionario de 20 preguntas para memorizar hoy y olvidar mañana estaría robándote tu dinero de matrícula y faltándote al respeto como ser humano. Como si te estuviera tratando como un autómata, que sólo sirve para repetir la voz de los demás.

Toda la clase contenía la respiración. Y Sony prosiguió, dirigiéndose a todo el auditorio:

—El examen tradicional punitivo es una guillotina para cazar al estudiante en el error y calificarlo con un número frío que no dice nada de su alma ni de su esfuerzo. Aquí no vamos a utilizar la evaluación como un garrote para perseguirlos. La evaluación en esta Cátedra será un acto de acompañamiento, una «Economía del Don»: un espacio donde ustedes me entregan su pensamiento honesto y reciben de vuelta mi tiempo, mis correcciones amorosas y mi guía para que aprendan a escribir y a pensar por su propia cuenta. No voy a regalar la nota, pero tampoco voy a permitir que nadie se quede atrás por miedo al fracaso. Ricardo, para esta clase tu experiencia en la aduana y tu trabajo diario valen más que diez manuales repetidos de memoria. Atrévete a escribir desde ahí, y verás de lo que eres capaz.

Ricardo miró al profesor, y no dijo nada. Descruzó los brazos lentamente, miró su libreta vacía y por primera vez en todo el semestre no protestó. En la atmósfera del aula, la irrupción inesperada del amor pedagógico había disuelto la tensión punitiva.

La tormenta en la casona, el derrumbamiento de Sofía y el encuentro Yo-Tú

A mediados de diciembre, las lluvias de invierno cayeron sobre Guayaquil con furia implacable. El agua retumbaba sobre los techos de zinc de la facultad y se colaba por los viejos pasillos, poniendo a la universidad en una penumbra húmeda y melancólica. Esa noche el aula estaba inusitadamente silenciosa. Los alumnos trabajaban en parejas la guía práctica.

Sofía estaba en la segunda fila, inmóvil. Sofía tenía veintidós años, era madre soltera de un niño de dos años, trabajaba de cajera en un supermercado durante el día y por las noches iba a la universidad. Era una de las mejores y más aplicadas alumnas de la clase, pero estas últimas semanas Sony había podido ver en su rostro los efectos del cansancio extremo: ojeras profundas, palidez permanente y un aire perdido que denunciaba un dolor silencioso.

Sofía tiró el lápiz del pupitre repentinamente. Se levantó bruscamente, cogió sus cuadernos con manos temblorosas y los guardó atropelladamente en su bolsa

de tela. Sony, advirtiendo el movimiento de frente, se acercó a ella sin hacer ruido:

—Sofía, ¿te pasa algo? ¿Te sientes mal?

La chica levantó la cabeza y Sony se quedó sin habla al ver su cara: estaba bañada en lágrimas silenciosas que corrían descontroladas por sus mejillas. Sus labios temblaban al sentir la impotencia y el dolor.

—No puedo más, profesor Sony... —susurró Sofía con la voz completamente quebrada por el llanto—. Ya no puedo más. Hoy mi hijo está con fiebre alta desde ayer en la guardería, no tengo para la medicina, me descontaron el día en el trabajo por llegar diez minutos tarde y siento que la cabeza me va a estallar... Ya no tengo vida para seguir estudiando. Vengo arrastrando los pies a la universidad. Hoy mismo voy a darme de baja. Me engañar más no tiene sentido.

Sofía giró sobre sus talones y salió corriendo de la habitación, metiéndose en el pasillo oscuro y mojado. Sony no dudó. Dejó a uno de los alumnos más adelantados que se hiciera cargo del grupo y salió en su persecución. La alcanzó junto a la escalinata principal del pabellón, donde la joven había quedado apoyada en

una columna de piedra, deshecha en un sollozo doloroso.

—Deténgase por favor, Sofía —dijo Sony aproximándose con respeto y manteniendo la distancia adecuada.

—¡Profesor, déjeme! —gritó la joven sin mirarle—. ¡No entiende usted nada! ¡Ustedes, los profesores, sólo ven calificaciones, asistencias y trabajos! ¡A nadie le importa si los estudiantes no comemos o si nuestros hijos están enfermos! ¡Para esta universidad sólo somos números!

En aquel momento de crisis absoluta, Sony no recurrió a los reglamentos de asistencia, ni a los discursos institucionales de consuelo fácil. Fue el que Martin Buber llamó la transición radical del Yo-Ello (ver al otro como un objeto de análisis o un cliente) hacia el sublime encuentro del Yo-Tú: la relación cara a cara donde dos almas se reconocen en su desnudez y vulnerabilidad compartida.

Sony se arrodilló sobre el húmedo piso de mármol de la escalera hasta quedar a la altura de la muchacha sentada en el escalón. La miró a los ojos con una ternura

infinita, con un respeto sagrado que desarmó completamente la cólera de Sofía.

—A mí me importa, Sofía —dijo Sony con voz de peso ontológico inefable—. Me importa su vida, me importa su hijo y me importa su sufrimiento. Tú no eres un número para mí, eres una mujer valiente que está luchando con uñas y dientes para salir adelante. Si hoy rendimos los brazos, el sistema injusto que nos quiere ignorantes y aplastados habrá ganado otra batalla. Pero yo no voy a dejar que se rinda.

—Es que no tengo para comprarle la medicina a mi hijo, profesor… y mañana tengo el examen final de otra materia…— sollozó la muchacha escondiendo el rostro entre las manos.

Sony sacó la mano del bolsillo, tomó el sobre con la quincena de su primer salario como profesor que había cobrado esa tarde, separó una parte de la paga y se la puso suavemente en las manos cerradas de Sofía.

—Toma esto, Sofía —dijo el profesor, sin dudarlo—. No es un préstamo ni un regalo de la universidad. Es una «banqueta asimétrica», la ayuda que usted necesita hoy para levantarse y ver por encima del muro de la

dificultad. Mañana no venga a la universidad; quédese cuidando a su hijo. Yo me encargo de hablar con el profesor de la otra Cátedra para reprogramar su examen, y la guía de mi materia la trabajamos juntos en una tutoría especial cuando su hijo esté sano. Pero prométame una sola cosa: que no va a retirar su matrícula. Prométeme que va a continuar.

Sofía miró el dinero que tenía en sus manos, y después miró el rostro de Sony. En los ojos del joven maestro no había ni sombra de condescendencia ni de interés egoísta; brillaba allí la luz limpia y pura del amor pedagógico y de la compasión encarnada. La muchacha apretó el sobre contra el pecho y rompió a llorar de otro modo —un sollozo de alivio y de dignidad recobrada— y asintió.

—Se lo prometo, profe... —Por mi hijo se lo prometo, voy a seguir y me voy a graduar —musitó la joven secándose las lágrimas.

Sony se puso en pie, le tendió la mano para ayudarla a levantarse y la condujo hasta la puerta del portón, donde ya la esperaba un taxi. Al ver desaparecer el coche bajo la lluvia, Sony sintió una nueva cicatriz

grabada en el corazón: la hermosa cicatriz del maestro que se deja mover por el dolor de su discípulo y que decide poner su propia vida como andamiaje para la salvación del otro.

La reconstitución ontológica del cuidado y la praxis de la transposición

Al analizar este capítulo desde la perspectiva de la metodología cualitativa biográfico-narrativa y las categorías construidas por la Colección de Libros de Maestros Huella y el Proyecto FCI-012 de la Universidad de Guayaquil, la experiencia de Sony en sus primeras aulas universitarias ejemplifica la reconstitución Ontológica del Cuidado y la instauración de una Praxis de la Alteridad.

En la educación superior actual, dominada por la lógica del rendimiento y la evaluación punitiva, el aula se transforma a menudo en un espacio de alienación, donde el profesor ejerce un poder burocrático y el estudiante queda reducido a la categoría de usuario o número de registro. Con su negativa a subir al estrado elevado, la intervención de Sony implica una deconstrucción física y simbólica de la jerarquía

autoritaria y restituye el espacio educativo como un territorio de encuentro y acogida incondicional.

La lucha con Ricardo y su resolución posterior a través de la « Economía del Don » ponen de relieve los hallazgos de los doctores Pedro Humberto Vargas y Cristhian Arias sobre la transposición didáctica y la salud moral del estudiante. La investigación narrativa sobre los docentes memorables nos muestra que el verdadero Maestro Huella no es aquel que responde a la agresividad o la apatía del discente con la sanción o el desprecio, sino quien desarma el miedo al examen a través de una evaluación ética no punitiva. Visto así, evaluar deja de ser una guillotina de selección social para ser un acto de acompañamiento amoroso donde el error es visto como una oportunidad de aprendizaje y de restauración de la autoestima destrozada.

De igual manera, la escena de Sony y Sofía en la escalera del pabellón escenifica la aplicación práctica de la teoría de las «banquetas asimétricas» formulada por la Dra. María Augusta Hermida. Frente a la desigualdad estructural que padecen las estudiantes madres y los trabajadores vulnerables, la aplicación de

una regla homogénea e inflexible (“igualdad formal”) es una forma suprema de injusticia. El dinero entregado y la flexibilidad académica que otorga Sony no son un privilegio arbitrario, sino la asignación de la “banqueta más alta” que requiere el sujeto cuyo cuerpo está atravesado por la precariedad.

En la filosofía del encuentro Yo-Tú de Martin Buber y la ética del Rostro de Emmanuel Lévinas, Sony entiende que la docencia de excelencia requiere una Cicatriz Carnalizada: la voluntad del educador para ser afectado por la vulnerabilidad del discente y tomar una responsabilidad asimétrica por su destino. Al dar a Sofía apoyo material y emocional, Sony no sólo evita que una brillante estudiante abandone la universidad, sino que actualiza el supremo imperativo magisterial: la certeza de que la enseñanza sólo alcanza su plenitud cuando se convierte en un acto de amor, justicia y salvación comunitaria.

El eco de las aulas desiertas y el eco del legado

La noche había terminado. El pabellón central de la facultad, hace unos minutos retumbaba con voces,

pasos, ruido y bullicio, estaba ahora en una quietud impresionante y majestuosa. Sony caminaba despacio por el pasillo vacío, escuchando el eco de sus propias pisadas sobre el piso de granito pulido. Afuera la lluvia torrencial se había trocado en una llovizna fina y tranquila que refrescaba la noche guayaquileña.

Sony volvió a su clase vacía. Las luces de tubo del techo parpadeaban ligeramente. Los pupitres de madera, alineados en orden, conservaban el tenue calor de las sesenta vidas que los habían ocupado unas horas antes. Sony se acercó a la pizarra negra, tomó el borrador y limpió con él el polvo de tiza, despacio, como quien limpia un cuadro. Después, con un pedazo de tiza blanca, escribió en el centro de la madera limpia una sola frase que dejó allí para el grupo de la mañana siguiente:

«Una aula no es un tribunal de jueces; es un hogar de esperanzas donde nadie es invisible y nadie se queda atrás».

Depositó la tiza en la ranura, cogió su maletín de cuero y se dirigió a la ventana que daba al patio central. Las puertas de las demás aulas se encontraban cerradas con

llave y al otro lado del pasillo. En la recordación de Sony están las palabras de Don Aurelio en la escuela rural de su niñez, las lecciones del Profesor Camilo en la secundaria y los abrazos fraternos de Pedro Vargas, María Augusta Hermida, Cristhian Arias y Camilo Morán el día de su graduación. Se sintió infinitamente pequeño, y al mismo tiempo dotado de indestructible fuerza espiritual.

Sacó del bolsillo la libreta de notas de la Cátedra. Abrió el registro de asistencia, buscó el nombre de Sofía y en el espacio de observaciones escribió con letra clara: «En tutoría especial. En camino a la victoria».

Luego buscó el nombre de Ricardo y escribió: «Aceptó el desafío del pensamiento propio».

Con suavidad, Sony cerró la libreta y la guardó en su maletín. Apagó la luz del salón, cerró con llave la puerta de madera y salió al patio central de la vieja casa universitaria. Entre las nubes transparentes del invierno se asomaba la luna llena, que bañaba con su esplendor de plata las columnas de piedra y los árboles del jardín. Al cruzar el portón de hierro a la calle, Sony respiró el aire limpio de la noche, sonrió con paz inefable,

comprendió que el milagro de la pedagogía comenzaba a multiplicarse en sus propias manos. Sabía que el camino sería arduo y lleno de batallas, pero caminaba con la certeza serena de que nunca estaría solo, pues la ley de su vida estaba sellada para siempre:

¡CUANDO DAS, TE DAS!

CAPÍTULO VI: LA VIDA COMO MAESTRO: LA COTIDIANEIDAD DEL ASOMBRO, LA SOLEDAD DEL EDUCADOR Y EL TEJIDO DE LA IDENTIDAD DOCENTE

«Las madrugadas de preparación a la luz de la lámpara, la batalla ciega contra la burocracia ahogante, el desierto de la soledad pedagógica, la memoria de los maestros idos y la perseverancia incombustible de la vocación.»

La madrugada del maestro, la liturgia de la preparación y la soledad del estudio

A las cuatro y media de la madrugada, cuando Guayaquil dormía aún envuelta en silencio de mansión a oscuras y la humedad del estuario se pegaba a los cristales de las ventanas como un hálito vegetal, el estudio de Sony era una pequeña isla de luz dorada en medio de las sombras. El vapor limpio de una taza de café negro recién pasado subía en lentas espirales, entremezclándose con el olor rancio de las encuadernaciones de cuero, la tinta seca de los borradores y el aroma a madera barnizada que Sony guardaba como fetiche sagrado de la carpintería de su niñez.

Sentado ante su escritorio —una ancha mesa de guayacán que su padre José Hipólito había cepillado a mano años atrás—, Sony contemplaba los montones de ensayos, cuadernos de campo y borradores de investigaciones que cubrían la superficie. Había sido más de diez años profesor universitario. Sus facciones, con las primeras canas asomando en las sienes, y las arrugas finas alrededor de los ojos marcadas por la

constante vigilia, conservaban, sin embargo, la misma mirada atenta y hambrienta que lo había acompañado en la buhardilla de Vilcabamba.

Para Sony, preparar una clase no era un trámite burocrático, ni una rápida revisión de las presentaciones estandarizadas, antes de entrar al aula. Era un ritual de consagración, una liturgia meditativa en la que cada texto era releído como si se leyera por primera vez, buscando la grieta por donde brotara la pregunta que encendiera el alma de sus estudiantes. Sobre el escritorio descansaban abiertos los volúmenes de Friedrich Nietzsche (La Gaya Ciencia, Ecce Homo), las narraciones abismales de Franz Kafka (El Castillo, En la Colonia Penitenciaria), las reflexiones pedagógicas del Doctor Pedro Humberto Vargas y los manuscritos del Proyecto FCI-012 sobre los relatos de vida de los educadores ecuatorianos.

Con un tintero de tinta de China y una estilográfica de fino trazo, Sony escribía al margen de las hojas las guías de la jornada nocturna. Sus dedos repasaban las correcciones con el mismo esmero minucioso que su

padre pasaba la yema de sus dedos sobre la veta del nogal antes de aplicar el barniz.

—La clase nunca se improvisa —musitaba Sony en la soledad del estudio, en un monólogo interior que era a la vez oración y compromiso ético—. Improvisar es faltar el respeto al tiempo y a la vida de quienes asisten a escucharte. Cada minuto de la clase debe ser un pan cocido con amor, un regalo limpio, preparado para quien tiene verdadera hambre.

Cogió la libreta de un estudiante de primer año, lealmente corregida, y leyó un párrafo en el que el muchacho intentaba expresar por vez primera su propia definición de la justicia. No imprimió Sony nota roja ni tachón despectivo; al margen, con pulcra caligrafía, escribió: «Excelente intuición, Carlos. No temas llevar tu duda hasta sus últimas consecuencias. Vuelve a mirar la página 45 de Lévinas y retomamos la charla en la tutoría».

Esa entrega meticulosa e invisible, que se cumplía en el anonimato de las madrugadas mientras la ciudad dormía, era el núcleo secreto de su identidad maestra. A solas en su estudio, lejos de los aplausos populares y

de las miradas de los tribunales evaluadores, Sony revalidaba cada día su pacto con la pedagogía.

Sabía que la grandeza del magisterio no se edifica en los momentos de ostentación académica, sino en el cuidado paciente y silencioso con el que el maestro prepara el alimento espiritual para los discentes.

La red burocrática, los informes de acreditación y la tentación del cinismo

Pero el santuario de la aurora y la poesía de la clase chocaban, al despuntar el sol, brutalmente con la maquinaria fría, deshumanizada y alienante de la burocracia universitaria contemporánea. En los últimos diez años las universidades han sido colonizadas progresivamente por una lógica tecnócrata e hipercuantitativa que pretendía medir la calidad de la enseñanza mediante métricas de rendimiento, formularios interminables e indicadores de eficiencia empresarial.

El escenario de esta lucha permanente era la Dirección de Carrera y las comisiones de acreditación de la facultad. A mediodía, Sony tuvo que ir a la oficina del nuevo Director de Departamento, el Doctor Troncoso.

Troncoso era un cincuentón de impecable terno, mirada esquiva y lenguaje saturado de importada jerga gerencial. No era educador, era un auditor del programa, un funcionario del sistema obsesionado con el cumplimiento ciego de los formularios.

Las carpetas institucionales con pestañas de colores y las hojas de cálculo impresas se apilaban sobre el escritorio de Troncoso. El Director recibió a Sony sin invitarlo a tomar asiento, golpeando con el bolígrafo sobre una planilla de evaluación de desempeño.

—Sony... —dijo Troncoso, con voz gélida, con voz magisterial—. He estado revisando su expediente de este semestre. Sus publicaciones son firmes sí, pero tengo serios informes de la comisión de control operacional. Sigue atrasado en la entrega de las matrices de competencias por resultados, no subiste al sistema el desglose de reactivos para las pruebas de opción múltiple, y me informan que dedicas más de diez horas semanales a “tutorías informales” y a proyectos de narrativa en comunidades.

El Director recibió una mirada de serena gravedad de parte de Sony.

—Doctor Troncoso —replicó Sony—, las matrices de competencias no pueden sustituir el verdadero diálogo con los estudiantes. Las horas que usted llama "tutorías informales" son aquellas en que escucho a chicos que están a punto de abandonar los estudios porque tienen hambre, porque están deprimidos, o porque son explotados laboralmente. No puedo evaluar el alma de un estudiante con un reactivo de opción múltiple para máquina.

Troncoso soltó una risa seca, sin ningún calor humano, y se reclinó en su sillón giratorio.

—Sony, sé pragmático. La agencia de acreditación no se preocupa por el "alma" de sus alumnos ni por sus dramas personales. La agencia se preocupa por las tasas de graduación eficientes, por el número de graduados por cohorte y por los porcentajes de retención estadística. Está perdiendo un tiempo precioso en filosofar y en acompañar a estudiantes que no rinden. Estandariza sus exámenes, aplica pruebas automatizadas, sube las notas al sistema y basta ya de romanticismos. Si la próxima semana no se apegaba a los formatos de la matriz, me veré en la obligación de

elevar un expediente disciplinario a la Comisión de Evaluación Docente.

Sony salió de la oficina de Troncoso sintiendo una presión física en el pecho, como si el aire de los pasillos se hubiese vuelto tóxico. Fue a la sala de profesores a tomarse un vaso de agua. Allí, el ambiente no era más alentador. Un grupo de viejos compañeros, cansados y desengañados, charlaban con amargo cinismo alrededor de la mesa central.

—¿Todavía te enfrentas a los molinos de viento de Troncoso, Sony? —dijo uno de ellos, profesor de sociología que leía el periódico con aburrimiento—. No es la pena el hombre. Ese sistema ya no trata de formar seres humanos, sino de expedir certificados al por mayor. Haz lo que te dicen que hagas, llena los formularios con buenas mentiras, haz los exámenes de opción múltiple que se califican solos, y cobra tu sueldo sin complicarte la vida. Nadie te va a dar las gracias por estar matándote a trabajar por estas guaguas.

—El cinismo mata al maestro, colega —respondió Sony en voz baja pero con una firmeza que silenció la mesa—. El día que yo llene una planilla con mentiras y

vea a un estudiante como una estadística de retención, me iré para casa a cepillar madera con mi padre. No vine a esta universidad a ser un ebanista de planillas, vine a ser un educador.

El profesorado fue abandonado por Sony. Pero ya la soledad del combate le empezaba a pesar como una montaña. Se sentía atrapado entre la tenaza de una burocracia ciega para la que la enseñanza debía convertirse en cadena de montaje y el desaliento de unos colegas que habían capitulado ya ante el cinismo. La tentación del cansancio, el deseo de tirar la toalla y buscar el refugio de una vida sin sobresaltos, acosaba su conciencia como un fantasma oscuro.

La noche del desierto existencial, el luto por el profesor Camilo y el fuego de los relatos de vida

El momento más oscuro llegó a fines del mismo mes, en una fría noche lluviosa, coincidiendo con el cierre del período académico. En el estudio de Sony, los requisitos apremiantes del sistema le exigían subir las notas finales al servidor bajo amenaza de sanción, mientras sobre la mesa descansaba un telegrama urgente llegado esa misma tarde desde su pueblo natal.

El telegrama contenía una noticia demoledora: el Profesor Camilo, aquel maestro de literatura que en su adolescencia le había planteado la pregunta «¿Qué es la Verdad?» y al que le había dado el libro de tela verde encendiendo su vocación, había muerto solo en su casa de campo, víctima de una neumonía fulminante.

Sony dejó caer el telegrama sobre la mesa. Con las manos temblorosas se cubrió el rostro y rompió en un llanto entrecortado, silencioso y amargo. La muerte de Camilo, sintió, apagaba el último faro que iluminaba su senda en medio de la borrasca. El dolor por la pérdida de su maestro se mezcló con el cansancio acumulado por los embates de la burocracia de Troncoso, la hostilidad del ambiente universitario y el cansancio físico de años de insomnio continuo.

—Pero ¿para qué, Dios mío? —gritó Sony en la penumbra de su estudio, mirando los libros abiertos que parecían mudos e impotentes—. ¿Para qué tanto esfuerzo, tanta entrega y tanta soledad si al final todo se lo traga el sistema? Camilo murió olvidado en una finca de campo, Troncoso sigue triunfando con sus planchas falsas, y los estudiantes siguen siendo arrastrados por la

premura de un mundo que no quiere pensar... ¿Para qué seguir luchando en este desierto?

Fue la noche de su más honda crisis ontológica, el desierto existencial en que el educador contempla el vacío de sus propias fuerzas y se interroga acerca de la validez de su sacrificio. Sony se dirigió al ventanal. La lluvia golpeaba el cristal con un sonido monótono, que parecía el propio lamento de la tierra. Por horas estuvo paralizado ante la tentación de presentar al día siguiente su renuncia a la Universidad y retirarse a la tranquilidad de Vilcabamba.

Ciego en busca de consuelo, Sony abrió el cajón inferior de su escritorio. Allí reposaban las carpetas con las transcripciones originales de los relatos de vida recopilados para el Proyecto FCI-012: las voces registradas del Doctor Pedro Humberto Vargas, de la Magíster Lidia Govea, del Profesor Pedro Rizzo y de la Doctora María Augusta Hermida.

Cogió al azar la carpeta de la Magíster Lidia Govea. Lidia Govea, una maestra legendaria que había pasado más de cuarenta años de su vida enseñando en las escuelas más pobres del litoral ecuatoriano,

enfrentando la tuberculosis, la falta de presupuesto y la persecución política de las dictaduras, había declarado en su entrevista de vida a los ochenta años:

«Me quitaron el sueldo varias veces, me quemaron los libros en el patio y me decían que estaba perdiendo el tiempo con los hijos de los montubios. Pero yo miraba los ojos de esos guaguas cuando aprendían a leer y sabía que ningún general, ni ningún burócrata podía quitarme la alegría de haberles devuelto la libertad. El verdadero maestro no enseña para que lo premien los gobernantes de turno, enseña porque no puede permitir que se apague la luz en los ojos de los humildes. Cuando sientas que te quedas solo, recuerda que la semilla no hace ruido cuando germina bajo tierra».

Una y otra vez Sony repasaba las palabras de Lidia Govea. Luego tomó las transcripciones de Pedro Rizzo, el maestro que enseñaba filosofía en las aulas universitarias y compartía su almuerzo con los estudiantes hambrientos, y los escritos del doctor Pedro Vargas sobre la paciencia infinita ante el trauma infantil.

De pronto, como un rayo que corta la oscuridad de la noche, la revelación iluminó el alma de Sony. Entendió que el Profesor Camilo no había muerto en balde; Camilo estaba vivo en él, en cada pregunta que hacía a sus alumnos, en cada ensayo corregido con cariño, en cada rechazo a doblegarse ante la injusticia de Albán o Troncoso. La huella de un Maestro no está en la gloria de este mundo ni en los certificados de acreditación burocrática; la huella es un fuego inmortal que se transmite de generación en generación, un hilo de luz que ninguna tiniebla institucional puede apagar.

—Perdoname, Camilo... —Perdóname, Lidia... —musitó Sony, secándose las lágrimas con la manga de la camisa, sintiendo como una nueva fuerza profunda e invencible inundaba cada fibra de su ser—. No me voy a rendir. No pienso darles el aula a los vendedores de planillas y vendedores de contratos docentes. Mientras me quede una gota de vida, el aula será un lugar sagrado de libertad, compasión y verdad.

De nuevo Sony se sentó a la mesa de guayacán. Cogió la estilográfica, abrió el sistema institucional de notas, pero no llenó los formularios con falsedades; escribió

un informe detallado sobre el progreso cualitativo de cada uno de sus sesenta alumnos, adjuntando los trabajos y las evidencias de su crecimiento humano. Sabía que Troncoso se pondría furioso, pero ya no le tenía miedo. Había cruzado el desierto de la soledad y salía de él con la autoridad indestructible de quien recobra el sentido supremo de su vocación.

La identidad docente como vocación, la resistencia al biopoder y la reconstitución del sorge

Al analizar esta fase de la madurez docente mediante la metodología cualitativa biográfico-narrativa y las categorías establecidas por la Colección de Libros de Maestros Huella y el Proyecto FCI-012 de la Universidad de Guayaquil, la vivencia de Sony pone al descubierto la estructura de la Resistencia Ética del Educador frente a la Colonización Burocrática.

En la universidad contemporánea, la imposición de la racionalidad instrumental y del eficientismo cuantificable es una forma de Biopotencia y disciplina biopolítica, de aquella que habla Foucault. El intento del Director Troncoso de reducir la enseñanza a "matrices de competencias", "reactivos automatizados"

y “tasas de retención estadística”, busca neutralizar la dimensión crítica e intersubjetiva de la pedagogía, convirtiendo al docente en un simple “funcionario del programa” y al estudiante en un sujeto de rendimiento autoexplotado. En la Colonia Penitenciaria y El Castillo, Franz Kafka advierte cómo la burocracia se constituye como una maquinaria impersonal que quiere grabar su código punitivo directamente sobre el cuerpo y la mente de los sujetos.

Enfrentando esta enfermedad de la institución, la resistencia de Sony se sustenta en la ontología de la identidad del profesor como Vocación y Cuidado. Los estudios narrativos sobre educadores memorables como la Magíster Lidia Govea, el Profesor Pedro Rizzo y el Doctor Pedro Humberto Vargas, demuestran que el Maestro Huella no define su praxis en función del cumplimiento de los dictados del poder burocrático, sino en función de una fidelidad incondicional al Rostro del estudiante. Las madrugadas de preparación artesanal de la clase y la negativa a sustituir la tutoría personal por el reactivo de máquina son actos de

desobediencia ética que salvan la calidad humana de la educación.

La crisis que vive Sony tras la muerte del Profesor Camilo es la escenificación de la noche oscura del desierto existencial y la prueba de la trascendencia. La tentación del cinismo, representada por sus compañeros de la sala de profesores, es la forma más insidiosa de rendición, donde el educador se anestesia la conciencia para no sentir la frustración del sistema. Sin embargo, releer los relatos de vida del Proyecto FCI-012 funciona como una anamnesis salvadora: el reencuentro con el testimonio carnal de los maestros idos le devuelve a Sony la certeza de que el magisterio es un eslabón en una cadena ininterrumpida de amor pedagógico y solidaridad.

Con la ética de la alteridad de Emmanuel Lévinas, la decisión de Sony de no entregar el aula a la lógica mercantilista ratifica la supremacía de la « Economía del Don » sobre el cálculo utilitarista. La identidad del Maestro Huella no se teje en la ausencia de conflictos ni en la comodidad del aplauso oficial, sino en la capacidad de sostener San Francisco en medio del

desierto, convirtiendo la cotidianidad del asombro y del trabajo silencioso en un testimonio vivo de que «¡CUANDO DAS, TE DAS!».

El amanecer sobre la casona, la vuelta al aula y la sonrisa del aprendiz

El primer rayo del amanecer hendió la niebla que cubría la ciudad, y las viejas torres de la casona universitaria y los grandes árboles del patio central quedaron pintados de un dorado y rosado color. La brisa mañanera olía a tierra lavada por la lluvia de la noche, a flores de acacia y al café recién hecho que llegaba de los pequeños quioscos de la calle.

Caminaba Sony hacia la facultad, con su maletín de cuero. Su cara, cansada como estaba por la noche de insomnio y luto, mostraba una paz profunda, limpia e inquebrantable. Sus pasos por las baldosas del corredor no eran los pasos vacilantes del hombre acorralado, sino los pasos firmes del educador que ha hecho un nuevo pacto con la vida.

Al llegar a la puerta del salón de clases de la Cátedra de Teoría de la Educación, Sony hizo una pequeña pausa. A través del vidrio de la ventana vio una escena que le

oprimió el corazón de emoción: el aula ya estaba medio llena, a pesar de ser muy temprano. En la tercera fila, Ricardo —ese trabajador estudiante de aduanas que meses antes reclamaba cuestionarios de memorización— estaba inclinado sobre el pupitre de un chico de primer año, explicándole pacientemente, con un esquema dibujado en el cuaderno, cómo armar el ensayo crítico. Unas filas más allá, Sofía —la estudiante madre que Sony había ayudado en la escalera— sonreía tranquila repasando sus apuntes de la tutoría especial.

Sony abrió la puerta de madera y entró en el salón. Al verlo entrar, Ricardo se puso de pie, le hizo un saludo con la cabeza, lleno de verdadero respeto, y le dijo con una sonrisa limpia:

—Buenos días, profesor Sony. Hoy llegamos más temprano porque estuvimos debatiendo sobre el texto que nos dejó Lidia Govea la semana pasada. Para la clase tenemos varias preguntas difíciles.

El maletín de Sony fue dejado sobre el escritorio. Miró a Ricardo, miró a Sofía, miró a los sesenta jóvenes que le miraban con los ojos encendidos de curiosidad y

afecto, y sintió que todas las amarguras de la víspera, todos los ataques de Troncoso, todo el peso de la burocracia, se disolvían en el aire como humo vano.

El profesor Camilo no estaba muerto. Allí estaba don Aurelio. Allí estaban Lidia Govea y Pedro Vargas. En ese rincón de la universidad pública, la gran cadena de la trascendencia pedagógica estaba más viva que nunca.

Sony se dirigió hacia el centro del pasillo, se bajó del estrado, miró a sus alumnos con un amor infinito y dijo con una voz clara y sonora que flotó por todo el aula como una bendición:

—Buenos días a todos, mis queridos alumnos. Hoy no vamos a ver ninguna planilla de evaluación. Hoy hablaremos sobre cómo la educación es la única vía para que el hombre nunca pierda su libertad y dignidad. Abran sus cuadernos… tenemos mucho por construir juntos—.

A través de los altos ventanales del aula entraba el sol de la mañana, bañando los rostros del maestro y de sus discípulos. Él sonrió desde lo más profundo de su alma, cogió la tiza blanca, y entendió que mientras quedase un solo estudiante con ganas de buscar la verdad, su

vida sería un gran acto de victoria, pues la inquebrantable ley de la existencia había vencido una vez más: ¡PORQUE CUANDO DAS, TE DAS!

CAPÍTULO VII: VALORES EN ACCIÓN: LA PRAXIS DE LA COMPASIÓN, LAS BANQUETAS ASIMÉTRICAS DE LA EQUIDAD Y EL AULA COMUNITARIA

«La investigación-acción en el barro del territorio, la deconstrucción del gabinete académico, la aplicación viva de las banquetas asimétricas, la universidad de puertas abiertas y el triunfo de la pedagogía comunitaria.»

El viento de la comuna, la escuela en el recinto y el polvo de la carretera

El autobús interprovincial dejó a Sony y su grupo de treinta estudiantes de la Cátedra de Investigación Cualitativa y Ética Social en la entrada del camino de piedra que conducía al recinto “San Francisco”, en la hondonada baja del río Guayas. Eran las siete de un sábado tórrido de mañana invernal. El aire olía a tierra mojada, a humo de leña verde, a vegetación exuberante cocida por el sol naciente y al hedor del agua estancada en las zanjas de drenaje.

Frente a ellos se extendía la comunidad, a lo largo de un camino de barro surcado por profundas roderas de tractores: una franja de viviendas humildes, construidas sobre pilotes de caña guadua y madera de palo de maría para soportar las crecientes periódicas del invierno. Allí residían más de quinientas familias de trabajadores agrícolas y pequeños productores de arroz, a los que les faltaba agua potable, desagüe, centros de salud y acceso a la red digital.

Sony traía puesta una camisa ligera de algodón lavado, botas de caucho de caña alta cubiertas de barro y a su

espalda cargaba la mochila de lona con las libretas de campo, grabadoras de audio y cámaras fotográficas. Con cuarenta años y ya como Director del Proyecto de Investigación-Acción Participativa de la universidad, Sony había tomado una decisión radical que sacudió a la facultad: sacar la investigación científica de la comodidad esterilizada de los escritorios de gabinete y llevarla por completo al territorio real de las comunidades desposeídas.

Alrededor suyo los estudiantes —jóvenes urbanos que nunca habían respirado otro aire que el de los aires acondicionados de las aulas y que desconocían cualquier cosa que no fuese la simulación teórica en ordenador— contemplaban el paisaje con una mezcla de sobrecogimiento, vacilación y una comprensible desvalidez. Muchos de ellos, con torpeza, se empeñaban en evitar los charcos, cuidando sus deportivos, y los niños del patio, descalzos y con los ponchitos de algodón raídos, los miraban desde las escaleras de caña con los ojos curvados por la curiosidad.

Bajo la sombra de un inmenso árbol de samán que dominaba la plaza central del pueblo, Sony reunió a sus estudiantes junto a la pequeña escuela comunitaria de paredes de caña picada y tejas de lata.

—Miren este suelo, jóvenes —dijo Sony con voz reposada pero de una densidad emocional que cortó los murmullos—. A esto nos referimos en los manuales como el "objeto de estudio" o "población objeto de muestra". Pero si ustedes vienen aquí a tratar a estas familias como conejillos de indias, para llenar una encuesta rápida, sacar fotos exóticas, y regresar a la ciudad a redactar un informe para ganar créditos, estarían cometiendo una forma vil de extractivismo académico.

Los estudiantes hicieron un silencio total. Sony prosiguió mirando a los ojos de cada uno de ellos:

—No venimos a "estudiar" a la comunidad como si fuese un laboratorio inerte, venimos a habitar el territorio junto a ellos, a escuchar las historias de vida de los abuelos que levantaron este recinto con sus manos, a entender el dolor del agricultor que pierde su cosecha por falta de crédito, y a poner nuestro

conocimiento universitario al servicio de sus luchas. En esta investigación no hay encuestadores ni encuestados, hay seres humanos en diálogo de alteridad. Si no somos capaces de conmovernos con la herida de este pueblo y poner la ciencia como una "banqueta asimétrica" para levantarlos, nuestro título universitario será un pedazo de cartón sin valor ante la historia.

Entre ellos estaba Carlos, brillante muchacho de familia acomodada de la ciudad, acostumbrado a los abstractos análisis estadísticos cuantitativos y hasta ese momento escéptico frente al enfoque biográfico-narrativo. Carlos miró las botas de caucho y barro del profesor Mendieta, miró las manos agrietadas del líder comunitario que se acercaba a saludarlos con una jarra de chicha de maíz recién hecha, y sintió como el edificio de sus prejuicios teóricos se empezaba a derrumbar.

La academia del gabinete frente a la investigación-acción participativa y las "Banquetas asimétricas"

La investigación-acción se puso en marcha en "San Francisco" y de inmediato se desencadenó una feroz oposición por parte de los sectores conservadores de la universidad. Los fines de semana, Sony y sus

estudiantes convivían con los comuneros, registrando sus historias de vida, mapeando las zonas de riesgo de inundación y dando talleres de alfabetización y derechos laborales en la escuela de caña. Mientras tanto, el Decanato de la Facultad recibía denuncias anónimas enviadas por profesores de la corriente tradicional.

El detonante del conflicto se dio en el Consejo Directivo de la Facultad, cuando Sony fue convocado a "sustentar la pertinencia científica y el uso de fondos" del proyecto FCI-012.

La sesión tuvo lugar en la gran sala de reuniones del Decanato, un espacio alfombrado, de paredes de caoba, donde los miembros del consejo, vestidos de oscuros ternos, leían los informes económicos con gesto adusto. El profesor Carpio, catedrático de estadística y metodología positivista que en su vida profesional jamás había pisado un recinto rural, tomó la palabra atacando con vehemencia la labor de Sony:

—Señores miembros del Consejo —dijo Carpio blandiendo un manojo de hojas—, el profesor Mendieta está desvirtuando el rigor académico de nuestra

universidad. En vez de hacer encuestas estandarizadas con validez psicométrica y publicar los datos en revistas científicas de impacto, se la pasa perdiendo el tiempo recogiendo relatos de vida de campesinos analfabetos, haciendo sociodramas con los niños de escuelas de caña y gastando el presupuesto del proyecto en transportar estudiantes a zonas de barro. Eso no es ciencia, eso es activismo político y asistencialismo romántico que no aporta nada a los indicadores de acreditación institucional.

Por entre las filas de los consejeros burocráticos corrió un rumor de disimulada adhesión. Sony, sentado frente a la mesa ovalada, esperaba con la mayor serenidad a que el profesor Carpio terminara su diatriba. El Decano le concedió la palabra, y Sony no se levantó con ira ni alzó la voz. Se levantó con la calma de los hombres que caminan sobre la roca de la verdad.

—Profesor Carpio —dijo Sony, mirando fijamente al acusador—, usted llama «rigor científico» a encerrarse en su oficina de aire acondicionado procesando fórmulas estadísticas sobre datos fríos recopilados por terceros, sin haberle mirado nunca a los ojos al ser

humano que sufre detrás de esos números. Usted denomina "activismo" al hecho de que nuestros estudiantes hayan aprendido a construir cartografías sociales junto a la comunidad, para que las inundaciones no destruyan las casas de quinientas familias.

Sacó Sony de su maletín el volumen de La Arquitectura del Rostro y los escritos de la Doctora María Augusta Hermida, y los dejó sobre la mesa del Consejo:

—La ciencia que se encierra en una torre de marfil ignorando la miseria del territorio es una ciencia ciega, cobarde e inútil. La Investigación-Acción Participativa que utilizamos no da nada regalado; aplica la ley de las «banquetas asimétricas» que aprendimos de la Doctora Hermida: la universidad tiene la obligación ética y moral de poner sus laboratorios, sus presupuestos y sus mentes más brillantes en el punto más bajo de la pirámide social, para que los desposeídos puedan levantarse y mirar por encima del muro de la exclusión. Los relatos de vida de los campesinos de San Francisco sirven más para la reconstrucción del tejido ético del

Ecuador que diez mil encuestas frías archivadas en un cajón.

Intervino el Decano, hombre experimentado, que sintió la fuerza moral irrefutable de Sony y el impacto real que estaba produciendo el proyecto sobre los medios de comunicación y sobre la comunidad y frenó el ataque de Carpio:

—Profesor Mendieta, el proyecto sigue —dijo el Decano. Pero insistimos en que esos resultados de trabajo comunitario se plasmen en un modelo pedagógico que se pueda aplicar a toda la facultad. Si nos demuestra que ese trabajo en el barro cambia la vida de los estudiantes, a la comunidad de "San Francisco" le abriremos las puertas de la universidad para la asamblea anual.

El desafío fue aceptado por Sony. Sabía que la prueba final no ocurriría en los debates teóricos del Consejo, sino en el crisol de la vida comunitaria.

El desbordamiento del río, la emergencia en "San Francisco" y la prueba del fuego

Dos semanas después, a mediados de febrero, durante el pico más violento del invierno tropical, se presentó la prueba de fuego.

Sony, junto a un grupo de quince alumnos –entre ellos Carlos y Sofía, que ya había reincorporado plenamente a sus estudios tras superar la crisis del semestre anterior–, pernoctaba en la escuela de caña del recinto "San Francisco" para efectuar el taller de devolución de las historias de vida a la comunidad. A la una de la madrugada, el grupo fue despertado por un ensordecedor trueno que hizo temblar la estructura de madera.

Afuera, sobre la cuenca del río, se había desatado una tempestad de proporciones cataclísmicas. El agua crecía a un paso aterrador, anegando los arrozales y llegando pronto a los postes de las casas. El río Guayas, agitado por la marea alta del estuario, empezó a desbordarse, llevando palizadas, troncos, animales de corral, en una corriente furiosa.

En medio de las tinieblas y del estruendo de la lluvia se oían los gritos de auxilio de los campesinos. En las zonas más bajas, las familias, con sus casas de caña a punto de venirse abajo por la fuerza de la correntada, huían a la parte alta del recinto cargando en brazos a los niños y a los ancianos, sin luz eléctrica y atrapados por el barro.

En medio del pánico colectivo, la dirección de las operaciones pasó a manos de Sony y del veterano presidente comunal, don Filemón.

—¡Carlos, Sofía! —gritó Sony sobre el sonido del vendaval, alumbrando la noche con una gran linterna. ¡La escuela es el punto alto del recinto! Vamos a convertir las aulas de clase en refugio de emergencia y centro de acopio. Carlos, tú y los muchachos mayores, con Filemón y las cuerdas, a la bajada de la Chorrera, a sacar a las familias atrapadas. Sofía, tú te quedas aquí, organizando las mantas, el agua potable y cuidando a los niños. ¡Que nadie entre en pánico! ¡Hoy estamos en acción, universidad!

Ni un segundo lo dudó Carlos, el joven estudiante que hacía meses aborrecía ensuciar de barro sus zapatos. Se

puso un poncho de caucho, cogió una de las cuerdas gruesas de cáñamo que Sony tenía como herencia del ejemplo de Don Aurelio y de Don José Hipólito, y se lanzó de cabeza a la corriente de agua que le llegaba a la cintura, internándose en la oscuridad junto a los campesinos para rescatar a las familias aisladas.

Por más de cinco horas seguidas, bajo una lluvia torrencial, en el constante peligro de las culebras de agua y contra la fuerza de la correntada, Sony, sus alumnos y los comuneros trabajaron codo a codo en una epopeya de solidaridad humana. Carlos cargó a una anciana de ochenta años, cuya choza había sido destruida por la palizada, en sus espaldas y la puso a salvo sobre el piso de madera de la escuela; Sofía reconfortó a los niños aterrorizados, preparó café caliente con los pocos víveres disponibles y organizó la atención médica de emergencia para los heridos.

Al despuntar el día, cuando ya la tempestad aflojaba y los primeros rayos del sol daban a ver la desolación del recinto, más de doscientas personas estaban a salvo en la escuela de caña. Nadie había muerto. Las aulas de clase, convertidas en hogar de refugio comunitario, se

habían transformado en un enjambre de solidaridad donde universitarios y campesinos compartían las escasas cobijas secas y el pan disponible como una sola familia.

Cargado, cubierto de barro desde la cabeza hasta los pies y con las manos agrietadas por el roce de las cuerdas, Carlos se acercó a Sony que acababa de curar la herida de un agricultor en el pasillo de la escuela. El joven estudiante miraba al profesor Mendieta con ojos empañados por las lágrimas, y le dijo con voz temblorosa, de quien ha tenido una conversión existencial:

—Señor profesor... En estas cinco horas de barro y agua he aprendido más sobre la justicia, sobre la ética y sobre la vida que en los cuatro años que llevo leyendo libros en la universidad. Ahora entiendo lo que nos decía usted de las "banquetas asimétricas". No necesitan que vayamos a compadecerlos desde arriba, sino que pongamos nuestra fuerza y nuestro conocimiento al lado de ellos para defender su dignidad. A partir de hoy, no vuelvo a hacer ciencia desde un escritorio.

Con la fuerza de un padre orgulloso de su hijo, Sony abrazó a Carlos. Vio la cara de Sofía organizando la comida para los niños, vio a los campesinos que los miraban con una gratitud infinita que no necesitaba palabras, y sintió que el milagro de la pedagogía crítica de Paulo Freire y la alteridad de Emmanuel Lévinas se había encarnado plenamente en la carne de sus discípulos.

Axiología encarnada, pedagogía crítica freireana y deconstrucción del extractivismo académico

Al someter a exégesis hermenéutica esta experiencia de trabajo comunitario y respuesta ante la emergencia, desde la metodología cualitativa biográfico-narrativa y el modelo del Enladrillado Epistemológico, el relato pone al descubierto la estructura de la Axiología Encarnada y la deconstrucción del extractivismo académico en la universidad pública.

En la educación superior tradicional, impregnada de positivismo y de la lógica mercantil del neoliberalismo, la investigación científica opera muchas veces como un dispositivo de extractivismo cognitivo. Los académicos van a los territorios vulnerables a "extraer" datos,

historias y variables sociales que procesan después en la soledad de sus gabinetes, convirtiendo la tragedia y la pobreza del pueblo en insumos para su propia promoción profesional y acumulación de métricas de impacto individual. Ante esta perversión, la praxis desarrollada por Sony en la comunidad "San Francisco" instaura la Investigación-Acción Participativa (IAP) y el diálogo de saberes propuesto por Paulo Freire en la Pedagogía del Oprimido.

La disputa del Consejo Directivo con el profesor Carpio representa la lucha entre dos visiones opuestas del conocimiento: por un lado, la ciencia ciega e instrumental que entiende la verdad como una abstracción cuantitativa neutra; por otro, la epistemología situada y la ética del Cuidado (Sorge) sostenida por los descubrimientos de los Libros de la Colección Maestros Huella. La investigación, para Sony, no vale realmente por la asepsia del formulario, sino por la capacidad de conmoción del científico ante la injusticia y de poner su saber al servicio de la nivelación social.

La metáfora de las "banquetas asimétricas" de la doctora María Augusta Hermida alcanza su máxima expresión fenomenológica. Cuando la universidad se traslada al territorio inundado y sus estudiantes arriesgan su propia comodidad para salvar a las familias campesinas, la "banqueta más alta" de la justicia presupuestaria, institucional y humana, se pone exactamente en el lugar de los desposeídos. La escuela de caña, convertida en refugio comunitario, es la metáfora de la universidad de puertas abiertas, de ese espacio donde se rompen las fronteras artificiales entre el saber académico y el saber popular, en un acto supremo de hospitalidad e intersubjetividad.

El cambio existencial del alumno Carlos —de escéptico positivista de gabinete a sujeto comprometido con la emancipación del territorio— es la prueba de la eficacia transformadora de la Pedagogía de la Cicatriz y el Ejemplo. Los valores, como lo demuestran los relatos de vida de educadores memorables como la Lidia Govea y Pedro Vargas, no se adquieren a través de disertaciones morales abstractas, sino a través de la vivencia carnal de la solidaridad. Al contemplar a su

maestro pisar el barro, sostener las cuerdas, curar a los heridos, los discípulos comprenden el mandato supremo del magisterio: la certeza de que el conocimiento solo adquiere dignidad cuando se transforma en un acto de entrega incondicional a la vida.

En ese punto radica el valor hermenéutico esencial de este capítulo: muestra que la extensión universitaria y la investigación no son apéndices decorativos del currículo, sino la savia vital que oxigena todo el sistema educativo, demostrando una vez más que «¡CUANDO DAS, TE DAS!».

La asamblea de las puertas abiertas y el canto en el paraninfo

Un mes después de las inundaciones, la Universidad de Guayaquil, cumpliendo la promesa hecha por el Decano en la sesión del Consejo Directivo, abrió de par en par los majestuosos portones de bronce de la Casona Universitaria, para celebrar la I Asamblea Anual de Saberes Comunitarios y Relatos de Vida.

El Paraninfo Magna, normalmente reservado para las ceremonias de autoridades en toga y en terno solemnes,

ofrecía aquella tarde un espectáculo insólito y luminoso que pasaría a la historia de la facultad. En las primeras filas de las butacas de terciopelo rojo, se sentaban, junto a las autoridades académicas y los profesores de memoria, don Filemón, las mujeres tejedoras, los viejos narradores y los agricultores del recinto "San Francisco", vestidos con sus mejores ropas de domingo.

En el escenario principal no existía una lejana mesa directiva. Con los comuneros compartían el estrado Sony, Carlos, Sofía y el grupo de estudiantes de la cátedra y presentaban juntos los resultados de la investigación: no un frío informe de estadísticas, sino una cartografía viva de la memoria, un libro artesanal editado por la editorial universitaria que contenía los relatos de vida de los fundadores del recinto y un plan de desarrollo ambiental y comunitario diseñado participativamente para prevenir futuras catástrofes.

Cuando el estudiante Carlos tomó el micrófono para presentar el libro, su voz se escuchó con una fuerza y una madurez que emocionaron a los más de quinientos asistentes que llenaban el paraninfo:

—Señores profesores, autoridades y amigos de la comunidad —dijo Carlos mirando a Don Filemón y a las familias de San Francisco—: Antes de venir a su recinto, yo creía que la universidad era un lugar para venir a sacar notas y conseguir un diploma para ser superior a los demás. En San Francisco, metido en el barro y salvando vidas junto a ustedes en la tormenta, comprendí que la verdadera ciencia no sirve de nada si no tiene corazón. Este libro que hoy les entregamos, no es nuestro, es de ustedes. Es el testimonio de su lucha y la prueba de que la injusticia tiene que retroceder cuando la universidad y el pueblo caminan juntos.

Por todo el paraninfo se levantó una ovación limpia, apasionada, estruendosa y prolongada. Campesinos, estudiantes, profesores y autoridades se pusieron de pie y con un solo aplauso que hizo vibrar las lámparas de araña del techo. Los profesores conservadores, como Carpio, permanecían silenciosos en la tercera fila de las galerías, observando la escena, incapaces de formular una sola objeción ante la verdad abrumadora que se les presentaba.

Al término del encuentro, mientras la comunidad y los estudiantes se abrazanban fraternalmente en el patio central de la casona, la doctora María Augusta Hermida y el doctor Pedro Vargas se aproximaron a Sony. El viejo doctor Vargas, con lágrimas de felicidad en sus claros ojos, cogió las manos de Sony entre las suyas, y le dijo en un susurro cordial:

—Sony, querido Sony... Hoy has devuelto a esta universidad pública su verdadera alma. Has demostrado que el aula no tiene paredes y que la compasión es la más alta forma de inteligencia.

Contempló el patio repleto de vida y sonrió a Sony con profundo orgullo.

—Las banquetas asimétricas dejaron de ser una teoría de libro, Sony. Hoy se ha vuelto la marcha de este pueblo por su propia dignidad.

Sony miró a los estudiantes que reían y abrazaban a los abuelitos de “San Francisco”, miró las luces de la universidad reflejándose en las baldosas del patio y sintió que una paz inefable, vasta como el océano, inundaba todo su ser. Sabía que las luchas contra la injusticia y la burocracia continuarían, pero caminaba

con la certeza indestructible de que la semilla había germinado para siempre en las nuevas generaciones. Apretó contra su pecho la libreta de campo, miró al cielo estrellado de la noche guayaquileña y repitió desde lo más hondo de su alma la ley eterna que regía su existencia: ¡PORQUE SOLO CUANDO DAS, TE DAS!

CAPÍTULO VIII: LEGADO Y TRASCENDENCIA: EL ECO EN EL TIEMPO, LA VICTORIA SOBRE EL OLVIDO Y EL TRIUNFO TRASCENDENTAL DE «CUANDO DAS, TE DAS»

«El atardecer sereno del educador, el murmullo agradecido de las generaciones en el Paraninfo, la síntesis del mosaico biográfico, el abrazo del desagravio y la consagración eterna del amor pedagógico.»

El atardecer del maestro, la víspera del retiro y el silencio de la buhardilla

Bajaba el sol de septiembre tras las colinas del altiplano y dejaba en el cielo de Vilcabamba una franja inmensa de color violeta, púrpura y oro viejo. Por la ventana de la vieja buhardilla de su casa natal —la misma en que hacía cuarenta años devoraba los libros de Hesse y de Kafka a la vacilante claridad de un candil—, Sony miraba en silencio la apacible penumbra del paisaje andino.

A sus sesenta y cinco años, después de cuatro décadas ininterrumpidas de servicio docente en la escuela rural, en el colegio nacional y en las aulas de la universidad pública, Sony estaba a punto de retirarse formalmente del magisterio. Las manos reposaban sobre los muslos, marcadas por las vetas de la piel y por la tiza de mil jornadas; el pelo, níveo y fino como la lana de oveja lavada, enmarcaba un rostro noble donde cada arruga parecía un trazo de río de sabiduría y compasión.

Sobre el escritorio de Guayacán —el mismo que su padre José Hipólito había cepillado a mano en el taller— no había esta vez formularios burocráticos, ni

cédulas de evaluación por llenar. Allí descansaba un viejo álbum de fotos descoloridas, un mazo de cartas escritas a mano por antiguos alumnos, desperdigados a lo largo y ancho del mundo, y la pequeña libreta de tapas duras donde Don Aurelio le había enseñado a escribir sus primeras letras.

Los dedos de Sony acariciaron ligeramente la madera del escritorio. En la penumbra de la habitación el pasado parecía no haberse marchado nunca; caminaba a su lado como una presencia viva. Escuchaba el rítmico shsssh-shsssh que hacía el cepillo de su padre en el taller del piso bajo, olía el olor tranquilizador del agua de hierbaluisa que preparaba su madre Carmen en el fogón de leña, y miraba los ojos mansos de don Aurelio iluminados por el farol en medio de la tormenta de su niñez.

—El tiempo no destruye nada de lo que se ha entregado con amor —musitó Sony en la quietud de la buhardilla, en un monólogo interior que era a la vez balance existencial y oración de gratitud. La vida no es una carrera para amontonar honores o guardar fortunas en arca que carcoman los hongos; es un sagrado préstamo

que sólo se legitima devolviéndolo multiplicado en la alegría de los demás.

Tomó la libreta de tapas duras, la abrió por la última página en blanco y contempló el trazado de sus propias palabras, escritas en la juventud. No tenía nostalgia ni amargura del tiempo transcurrido; tenía la paz inefable del agricultor que mira sus campos cargados de espigas maduras antes de la cosecha. Había luchado contra la persecución de la burocracia, había resistido la tentación del cinismo y de la riqueza fácil, y había puesto su vida como andamiaje para que miles de jóvenes desposeídos pudiesen erguirse con dignidad.

Al día siguiente, su ceremonia oficial de jubilación se llevaría a cabo en el Paraninfo Magna de la Universidad de Guayaquil. Sony sabía que no iba a recibir una despedida gris de la burocracia; iba a celebrar el reencuentro supremo de la gran familia pedagógica que había contribuido a tejer durante toda una vida.

La ceremonia del paraninfo, la resistencia al culto individualista, la voz de los discípulos

Mucho antes de las cinco de la tarde, el Paraninfo Magna de la universidad estaba atestado hasta que se

desbordaban las galerías altas. En el aire había una emoción densa, eléctrica, profundamente humana. No sólo estaban las autoridades académicas y los compañeros de la facultad, las butacas de terciopelo rojo, los pasillos laterales y las graderías estaban atestadas por tres generaciones de ex alumnos, que habían venido de los rincones más apartados del país, para rendir homenaje a su maestro.

Allí estaban los médicos rurales que asistían a las comunidades campesinas con la misma empatía que Sony les había enseñado en las aulas; los abogados de los tribunales populares que defendían a los trabajadores con "toga sin mancha"; las jóvenes investigadoras que continuaban con la recopilación de los relatos de vida del Proyecto FCI-012; y los educadores de escuelas de caña y recintos que replicaban la pedagogía de la compasión y las banquetas asimétricas.

El conflicto del día, sin embargo, amenazó con brotar ya desde el protocolo institucional. El Decano de la Facultad abrió la sesión, tratando de convertir el evento en un acto de autoapología burocrática, leyendo un

borrador de resolución oficial lleno de adjetivos pomposos, placas de metal brillante y discursos sobre los "indicadores de productividad" que el profesor Mendieta había alcanzado durante su gestión.

En medio del estrado, sentado y con la toga azul de académico, Sony escuchaba ligeramente incómodo. Al finalizar el Decano de leer la resolución e intentar dar por terminado el acto con la entrega de la medalla de mérito institucional, Carlos –aquel antiguo estudiante de gabinete que años atrás fuera transformado por la experiencia comunitaria en el recinto "San Francisco", hoy doctor en educación y director del Centro de Investigaciones– se puso de pie desde la primera fila de la auditorio y pidió la palabra con voz firme:

—Señor Decano, señorías... Con todo respeto, esta ceremonia no es cosa de la burocracia, ni se resuelve leyendo un frío decreto. Este homenaje es para los miles de estudiantes a quienes el Profesor Sony Mendieta nos devolvió la dignidad cuando el sistema nos quería invisibles. Esta tarde, es a los discípulos y a la comunidad a quienes exigimos que tomen la palabra.

Del paraninfo entero salió una cerrada y espontánea ovación que obligó a la mesa directiva a ceder el micrófono.

Uno a uno, los discípulos de Sony subieron al estrado para dar testimonio, no del sabio lejano que impone su doctrina, sino del Maestro Huella que se deja traspasar por la vida del otro.

Fue primero Ricardo, aquel antiguo trabajador de aduanas que estaba repitiendo por segunda vez la materia y que años atrás exigía cuestionarios de memorización veloz. Ricardo, vestido con la toga de su reciente grado de Magíster en Filosofía, miró a Sony con lágrimas en los ojos, y ante la multitud dijo:

—Cuando llegué al aula del profesor Mendieta, venía lleno de rabia, de cansancio y de desprecio por la universidad. Creía que la educación era un engaño para hacer dinero. El catedrático Mendieta no me expulsó por mi agresividad, sino que bajó del estrado, me miró a los ojos y me trató como a un ser pensante. Me enseñó que mi labor de obrero era digna, y que yo tenía derecho a pensar por mi propia cuenta. Actualmente soy catedrático universitario en un instituto nocturno

gracias a que un hombre no se rindió conmigo cuando yo mismo ya lo había hecho.

Sofía, la estudiante madre soltera a quien Sony había ayudado en la escalera del pabellón durante la tormenta nocturna, subió luego. Sofía venía con su hijo, ya un chiquillo de doce años.

—Si yo no me retiré de esta universidad en la noche más oscura de mi vida —dijo con voz quebrada Sofía—, fue porque el Profesor Mendieta se arrodilló a mi lado en el piso húmedo de una escalera, me dio su propio sueldo para la medicina de mi hijo y me puso la banqueta asimétrica que yo necesitaba para no caerme. No me dio una limosna; me devolvió la fe en la humanidad. Hoy mi hijo está bien y yo soy la Directora de la Escuela de Derechos Humanos de esta facultad. Le debo todo lo que soy al amor pedagógico de mi maestro.

Sony escuchaba silenciosa, tratando de contener el nudo de emoción que le apretaba la garganta. El educador entendió que su verdadera victoria no está en la aclamación del poder, sino en comprobar que la

semilla de la solidaridad ha brotado en la vida de aquellos que continuarán sembrándola.

El abrazo del desagravio, el encuentro con la memoria de los maestros, la síntesis existencial

Fue cuando subieron al escenario los representantes de la comunidad del recinto «San Francisco», encabezados por don Filemón y las mujeres tejedoras venidas del cantón llevando un regalo sencillo envuelto en tela blanca de algodón, el momento de mayor intensidad fenomenológica y espiritual.

Don Filemón, con sus manos de labriego encallecidas por años de palma y azada, cogió el micrófono con la severa sencillez de los hombres del campo:

—Señores licenciados de la universidad... No sabemos hablar de libros con palabras elegantes. Pero desde "San Francisco" venimos a contarles que el Profesor Sony no sólo nos enseñó a leer y a defender nuestra tierra, cuando el río se desbordó y nos estábamos ahogando, se metió al barro con sus estudiantes y nos sacó a nuestros hijos en sus espaldas. Convirtió esta universidad en el hogar de los pobres.

Don Filemón abrió el regalo: era un marco de madera de balsa, tallado a mano por los artesanos del recinto, en que iba una fotografía ampliada de aquella noche de la inundación, donde aparecían abrazados a los campesinos, bajo la lluvia, en la escuela de caña, Sony, Carlos y Sofía. En la base de la estructura, grabada con pirograbador en la madera, aparecía la dedicatoria del pueblo: «Al Maestro Sony Mendieta: El hombre que nos enseñó que la ciencia es amor».

En aquel sublime momento de sublime conmoción, Sony se puso en pie desde su sillón de honor. Se acercó al centro del escenario y abrazó a Don Filemón, a Sofía, a Ricardo y a Carlos en un abrazo colectivo que trajo al estrado el dolor, la lucha y la victoria de cuarenta años de pedagogía comunitaria.

En su mente, la memoria hizo una anamnesis salvadora: sintió que en aquel abrazo estaban las sombras amadas de todos sus mentores e inspiradores. Vio la sonrisa serena del doctor Pedro Humberto Vargas aprobando la escena; escuchó la voz valiente de la doctora María Augusta Hermida recordando las banquetas asimétricas; sintió la mano firme del doctor Camilo

Morán Rivas sosteniendo la toga sin mancha; vio la figura entrañable de la magíster Lidia Govea guiando a los niños montuvios; y escuchó el susurro de su maestro de secundaria, el Profesor Camilo, diciéndole desde la eternidad: "Cumpliste la promesa, Sony. Prendiste luces en la noche».

Todo el Paraninfo se puso en pie. El aplauso duró más de diez minutos sin parar, una oleada de gratitud hecha carne que rebotó en las paredes de piedra y madera de la vieja casa universitaria.

El silencio volvió al salón para oír sus palabras de despedida y Sony se dirigió al pedestal del micrófono. No llevaba papeles ni apuntes preparados. Miró a los quinientos oyentes, a sus padres que revivía en la memoria, a sus maestros que ya no estaban, a sus compañeros, a sus amados discípulos; respiró hondo y pronunció su última palabra con una voz grave, lenta, cálida, de una densidad ontológica que jamás se borraría del alma de los allí presentes:

—Queridos hermanos, alumnos y colegas de la comunidad... Hoy salgo de las aulas formales de esta universidad, pero no me voy con las manos vacías, ni

con el corazón cansado. Me marcho saciado de la única riqueza digna de ser llevada de esta tierra. He intentado durante toda mi vida ser fiel a una sola lección aprendida en el taller de carpintería de mi padre, en la cocina amorosa de mi madre, en la escuela rural de don Aurelio y en el testimonio de los grandes Maestros Huella de esta patria.

Hizo una pausa Sony. Miró a Carlos, a Sofía y a Ricardo, y cerró con la frase que condensaba la estructura del universo:

No crean nunca en la falacia del egoísmo que les dice que para ganar hay que acumular o aplastar al de al lado. La única manera de salvar la propia vida, la única forma de vencer a la muerte y al olvido, es entregándose a los demás con todo su ser. La pedagogía no es una profesión para vanidades. Es un incesante acto de amor y de justicia. RECUERDEN PARA SIEMPRE, SOLO CUANDO DAS, TE DAS!

El legado del Maestro Huella, su trascendencia, la hermenéutica y el cierre del arjé

Al someter este capítulo final a un riguroso análisis hermenéutico desde la metodología cualitativa

biográfico-narrativa y las categorías desarrolladas por la Colección de Libros de Maestros Huella y el Proyecto FCI-012 de la Universidad de Guayaquil, la jubilación de Sony se revela como la Consagración de la Trascendencia y el Cierre del Arjé Relacional.

En la filosofía de la existencia y la teoría de la narrativa de Paul Ricoeur, la vida de un sujeto no se hace plenamente significativa en los eventos aislados del pasado, sino en la configuración hermenéutica de la identidad narrativa en el momento de la recapitulación final. El homenaje que se rinde a Sony en el Paraninfo Magna no es un simple acto burocrático de despedida, sino la manifestación de la identidad testimonial, la demostración de que la existencia del Maestro Huella se ha convertido en una obra de arte moral que pertenece a la comunidad.

La intervención de los discípulos (Ricardo, Sofía, Carlos) y de los campesinos del recinto "San Francisco" evidencia la validez de la teoría de la multiplicación de la huella y la Reconstitución Ontológica del Cuidado. En contraste con el modelo hegemónico de individualismo competitivo, que ve al

sujeto como un ser aislado en pos del éxito utilitario, la trayectoria de Sony es prueba de que la praxis educativa basada en la «Economía del Don» y en las «Banquetas asimétricas» logra una transmisión intergeneracional de valores. Sofía, ahora Directora de Derechos Humanos, y Carlos, convertido en investigador comunitario, no son simples "alumnos aprobados"; son la materialización del ethos pedagógico que sigue transformando la sociedad.

Ya desde la ética de la alteridad radical de Emmanuel Lévinas, la ceremonia en el Paraninfo representa el triunfo del Rostro sobre el anonimato de la burocracia. Al negarse a medir su acto con las frías métricas del Decanato y dar voz a los desposeídos, la universidad pública cumple con su verdadera misión ontológica: ser un espacio de acogida, de justicia y de desagravio a los vulnerados. El abrazo entre Sony y Don Filemón cierra la alianza entre el saber académico y la dignidad popular, desbaratando definitivamente el modelo de las «cajitas de fósforos» y el extractivismo cognitivo.

Por último, la consagración explícita de la máxima de LA INVESTIGACÓN SOBRE LOS Maestros Huella

de las universidades del Ecuador: «¡CUANDO DAS, TE DAS!», condensa el principio supremo del Enladrillado Epistemológico que hoy cierra un frontón de ciencia y conciencia. El generoso vaciamiento del educador a lo largo de cuatro décadas no se convirtió en desgaste o pérdida de ser, sino en la paradoja ontológica de la plenitud: el maestro que se entrega entero a sus discentes resucita diariamente en la libertad, en la justicia y en la memoria viva de las nuevas generaciones. Allí está la victoria última sobre la muerte y el olvido.

El regreso a Vilcabamba, el hilo de plomo y la eternidad de la siembra

El autobús de la Cooperativa Sur Oriente dejó a Sony en la estación de Vilcabamba la tarde del día siguiente a su salida de Guayaquil. La bruma cordillerana bajaba pausada desde las alturas, cerrando en un abrazo helado y aromático el valle andino, que olía a eucalipto, a tierra mojada, a pino. Lentamente, Sony caminaba por el callejón adoquinado hacia la casa paterna, con el maletín de cuero y el marco de madera de balsa que le

había dado la comunidad de “San Francisco” en la mano.

Al entrar a la casa, lo acogió el silencio apacible del hogar como un santuario eterno. El fogón de la cocina, apagado, conservaba el tenue calor de los años; en la pared de adobe resplandecían a media luz las pailas de cobre de su madre Carmen. Sony bajó al primer piso al taller de carpintería. El olor a serrín seco, a resina de nogal, a aceite de linaza, estaba allí, intacto en el aire, como si el tiempo se hubiese detenido esperándolo.

Sony se dirigió al banco de trabajo de su padre José Hipólito. Apartó el maletín a un lado, extendió la mano y cogió la vieja plomada de bronce que seguía en su sitio, colgada junto al marco de la ventana. Sopesó el metal con la yema de los dedos. Estaba frío, pesado, pulido por el uso de generaciones. El hilo de cáñamo cayó, y las pesas de bronce se quedaron suspendidas un instante, oscilando suavemente, hasta que quedaron perfectamente inmóviles, trazando una línea recta, pura e indestructible, que cortaba la luz de la tarde.

—El hilo va derecho, padre... —murmuró Sony mirando la plomada mientras una lágrima rodaba por

sus mejillas, y una sonrisa tranquila le iluminó los ojos—. Ni se dobló al favor ni se torció a la conveniencia. Hasta el final voy a mantener la palabra limpia.

Sony salió al jardín de la casa. Se acercó al viejo árbol de capulí que su abuelo Baltazar le había mostrado durante la sequía de 1969, cuando era pequeño. Los nísperos cargaban sus ramas con los verdes brotes y los frutos maduros que relucían bajo las primeras estrellas de la noche serrana.

Se paró al pie del árbol. De su bolsillo sacó un puñado de semillas de manzana y de cerezo, recogidas una mañana antes de partir en los jardines de la universidad, se inclinó blandamente sobre la tierra negra y húmeda de la huerta, abriéndola con sus dedos, y fue enterrando las semillas una a una con la misma paciencia artesanal con que había educado a millares de almas.

Se levantó, se sacudió la tierra de las manos, y se quedó mirando hacia el horizonte de las montañas. Las estrellas de la cordillera brillaban en el cielo nocturno con intensidad sagrada. Arriba, en la inmensidad, soplaba el viento de la sierra una vieja melodía de paz.

Sony sonrió, aspiró el aire puro de la noche, se cruzó de brazos sobre el pecho y sintió que su corazón palpitaba a un mismo ritmo que el corazón del universo.

La semilla estaba puesta. La huella era indeleble. Y en ese silencio andino y majestuoso, la voz de la vida repetía como un eterno eco la verdad suprema de la existencia:

«¡PORQUE CUANDO DAS, TE DAS! Y LO QUE HAS DADO CON AMOR, VIVIRÁ PARA SIEMPRE»

AGRADECIMIENTOS

El culminar esta obra, que se inscribe en la andadura del Proyecto de Investigación Científica FCI-012, no es fruto de un esfuerzo solitario, sino de una fecunda comunidad de diálogo, de afecto, de rigor académico y de resistencia ética.

1. A la universidad del Ecuador y la casa anfitriona

Deseamos expresar nuestro profundo y sincero agradecimiento a la Universidad de Guayaquil, Alma Mater y guardiana del Proyecto de Investigación Científica FCI-012 "Relatos de vida de profesores universitarios. Una aproximación biográfica y narrativa sobre los valores, ética y moral en la enseñanza de los docentes de las universidades del Ecuador", a sus directivos, al Decanato de Investigación, y a la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación. Gracias por haber aprobado y respaldado este estudio cualitativo, filosófico y existencial, permitiendo que la investigación narrativa y biográfica se plantee con voz propia, rigor irreprochable y autonomía crítica frente a la universidad del rendimiento.

Extendemos también nuestro reconocimiento a la red de instituciones de educación superior del Ecuador que abrieron generosamente los territorios de sus aulas, sus comisiones y sus comunidades para el desarrollo del estudio:

- ✓ Universidad Técnica de Machala (UTMACH)
- ✓ Universidad Estatal de Cuenca y Universidad del Azuay (UDA)
- ✓ Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí (ULEAM)
- ✓ Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL)Universidad Metropolitana (UMET – Sede Quito)
- ✓ Universidad de la Península de Santa Elena (UPSE)
- ✓ Universidad Técnica de Babahoyo (UTB)
- ✓ Universidad de Otavalo
- ✓ ECOTEC Universidad
- ✓ Universidad Nacional de Loja

2. A los Maestros Huella de la universidad ecuatoriana

Al cuerpo de Maestros Huella de las universidades del Ecuador va nuestra más rendida gratitud y veneración.

A los educadores memorables –democráticamente elegidos a través de las encuestas y las validaciones de sus propios alumnos– que nos abrieron las puertas de su privacidad familiar, sus archivos personales y sus recuerdos más íntimos:

Al Dr. Pedro Humberto Vargas (Universidad de Guayaquil), por regalarnos el testimonio vivo de los cuidados parentales y la axiología de la empatía.

A la Dra. María Augusta Hermida (Universidad de Cuenca) por la deconstrucción del currículo fragmentado y la formulación luminosa de la «Arquitectura del Rostro» y las «banquetas asimétricas» de la equidad.

- ✓ Al Dr. Cristhian Arias (Universidad ECOTEC), por permitirnos la cohabitación etnográfica en su aula y por encarnar la «Reconstitución Ontológica del Cuidado» y la evaluación ético-no punitiva.
- ✓ Al Dr. Camilo Morán Rivas (Universidad de Guayaquil), por su testimonio intachable en la defensa de la salud popular y de la «ética docente».

- ✓ A la Ing. Laura Mariscal Touzard (ESPOL y Universidad de Guayaquil), por demostrarnos que la enseñanza de la ciencia y el idioma solo adquiere sentido en el abrazo humano y compasivo al estudiante.
- ✓ A la profesora Lady Soto y a todo el universo de Maestros Huella entrevistados en las distintas regiones del país, quienes entran cada jornada al aula convencidos de que educar no es adiestrar ni castigar, sino sanar y elevar la condición humana.
- ✓ Al profesor Renato Villota de la Universidad Técnica de Machala que con sus relatos permitió cristalizar una tesis de postgrado

3. Al equipo de coinvestigadores e investigadores del Proyecto FCI-012

Un reconocimiento fraterno al cuerpo docente e investigadores principales que integraron el mapa nacional del proyecto FCI-012, cuyo aporte artesanal hizo posible colocar cada transcripción y cada categoría como una piedra viva en nuestro Empedrado Epistemológico:

- ✓ Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí: Ing. Flor María Arteaga Ureta, Mg. Dr. Luis Alberto Madrid Jiménez, PhD Ing. Denisse Loreth Aguilar Méndez, Mg. e Ing. David Renato Morán González, MBA
- ✓ Universidad Técnica de Machala: Dr. Luis Felipe Brito Gaona. MSc. John Marcelo Chamba Zambrano.
- ✓ Universidad de Cuenca y Universidad del Azuay: Psic. Darwin García Ayala, magíster en ciencias. y PhD. Magali Arteaga respectivamente.
- ✓ Universidad Metropolitana, Quito: Máster. Holger Enrique Zapata Jaramillo y Azucena Monserrate Macías Merizalde
- ✓ Escuela Superior Politécnica del Litoral: Ing. Laura Ileana Mariscal Touzard.
- ✓ A la Universidad Europea de Madrid: Doctor Lenin Rijkaard Mendieta Toledo. MSc.
- ✓ A la Universidad de Guayaquil: MSc. Martha Castillo Noriega y MSc. Laura Mariscal

Touzard, y al Dr. Lenin Byron Mendieta Toledo, PhD (Director del Proyecto).

También agradecemos la valiosa guía de los asesores y pares internacionales que con su magisterio apoyaron la solidez epistemológica de la investigación cualitativa biográfico-narrativa:

Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina: Al Dr. Neldo Candelero, al Dr. José Tranier y a la Dra. Graciela Flores.

Universidad Europea de Madrid (España): Dr. Lenin Rijkaard Mendieta Toledo y MSc. Fernanda Elizabeth Manosalvas Durán

4. A los investigadores y estudiantes voluntarios

Testificamos nuestro agradecimiento más afectuoso al numeroso grupo de estudiantes investigadoras voluntarias, tesistas y coinvestigadoras auxiliares de la Universidad de Guayaquil (en especial de las Carreras de Educación Inicial), quienes fueron pilares fundamentales del proyecto en la recolección etnográfica de campo, transcripción de entrevistas, codificación asistida e interpretación hermenéutica:

Denisse Yamileth Zamora Escobar, Génesis Selena Carriel Vélez, Janina Lizbeth Collantes Conde, Ruth Ericka Morán Vásquez, Génesis Madeley Orellana Granda, Rosa Mireya Barco Romero, Lilly Marlein Zambrano Padilla, Joselyn Inés Barboza Angulo, Liliana Mery Vélez Yunga y Teresa Karina Córdova Tamayo.

Mildred Paola Figueroa Lara, Ariana Lisbeth Vera Herrera, Carla Merly Veliz Contreras, Ruth Elizabeth Vera Mercado, María Laura Farías Zambrano y Johana Ubilda Borja Villamar.

Evelyn Priscila Duma Ramón, Astrid Alejandra Mora Toala, Joselyne Magdalena Mosquera Villarreal, Arianny Erleny Triviño Víctor, Eunise Elizabeth Pulia Morales, Linda Elizabeth Huacón Martínez, Tabita Abigail Bravo Aguirre y Katty Melissa Reyes Bartolomé.

Virginia Ávila Redrobán, Karen Cedeño Rivera, Lorena Pérez Fuentes, Vanessa Villavicencio Quinga, María José Valenzuela Zavala, Adriana Pilay, Evelyn Rivera Serrano, Lissette Córdova Solórzano, María Fernanda Chaguay Camacho, María Fernanda Ponce

Aizprúa, Carlos Montoya Castro, Josselyne Doménica Peralta Castro .

A todos los pares revisores, equipos de logística y sellos editoriales comprometidos con la difusión pedagógica latinoamericana (en especial a Editorial Crisálidas S.A.S.) por el amoroso cuidado de nuestras publicaciones.

¡A todos ellos que con su luz y empeño demostraron que la ciencia es un acto de amor y resistencia pedagógica!

¡QUE EL UNIVERSO LES OTORGUE!

— Proyecto de Investigación Relatos de Vida (Proyecto FCI-012)

BIBLIOGRAFÍA

Aristóteles. (2014). Ética a Nicómaco (J. Pallí Bonet, Trad.). Gredos. (Obra original publicada ca. 349 a.C.).

Bachelard, G. (2004). La formación del espíritu científico. Editorial Argente.

Bakhtin, M. M. (2008). Estética de la creación verbal : [actividad, discursos, pragmática, géneros, comunicación, literatura]. 394. https://sigloxxieditores.com.ar/libro/estetica-de-la-creacion-verbal/

Balzer, C. (2002). El sentido del diálogo en Hans Georg Gadamer. Teología, Tomo, XXXIX(80), 93–111. https://acortar.link/IwocV

Ballou, S. (2017). Dialogical Principles of Martin Buber. Revista Estudios, (34), 763–782. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6056293&info=resumen&idioma=SPA

Bourdieu, P. (1972). Bosquejo de una teoría de la práctica. Éditions de la Seuil.

Bourdieu, P. (1980). Le sens pratique. Les Éditions de Minuit.

Bourdieu, P. (1997). Capital cultural, escuela y espacio social. Siglo XXI Editores.

Bourdieu, P. (2017). Homo academicus. Ekonomicheskaya Sotsiologiya, 18(4). https://doi.org/10.17323/1726-3247-2017-4-91-119

Bourdieu, Pierre. (1999). La Miseria del mundo. 564. https://www.akal.com/libro/la-miseria-del-mundo_32078/

Bourdieu, Pierre., Passeron, J.-Claude., Pasquali, Paul., Poupeau, Franck., & Georgiadis, M. de la Paz. (2019). La Reproducción: Elementos para una Teoría Del Sistema Educativo. https://books.google.com/books/about/La_reproducci%C3%B3n.html?hl=es&id=Xm7ADwAAQBAJ

Buber, M. (1923). Yo y Tú. Editorial Galerna.

Byung-Chul Han. (2012). La agonía del Eros. Herder.

Byung-Chul Han. (2012). La sociedad de la transparencia. Herder Editorial.

Byung-Chul Han. (2012). La sociedad del rendimiento. Herder.

Byung-Chul Han. (2014). Psicopolítica. Herder.

Canguilhem, G. (1966). Lo normal y lo patológico. Siglo XXI.

Canguilhem, G. (1971). Lo normal y lo patológico (S. Ruschi, Trad.). Siglo XXI. (Obra original publicada en 1966).

Cannon, W. B. (1932). The Wisdom of the Body. W. W. Norton & Company.

Deleuze, G., & Guattari, F. (1980). Mille Plateaux. Éditions de Minuit.

Deleuze, G., & Guattari, F. (1994). Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.ugr.es/~lsaez/dc/gr/OC/Documentacion/textos/Deleuze,%20G._mil-mesetas_rizoma.pdf

Derrida, J. (1995). Dar el tiempo: I. La moneda falsa. Paidós. (Obra original publicada en 1991).

Derrida, J. (1997). De la hospitalidad. Ediciones de la Flor.

Dussel, E. D. . (2011). Filosofía de la liberación.

Fals Borda, O. (2009). Historia de la cuestión Agraria. Una Sociología Sentipensante Para América Latina Acción Colectiva e Identidades Indígenas, , 137–165. /publicacion.php?p=88&c=10

Fanon, F. (2021). Los condenados de la Tierra: Fragmento (J. Campos, Trad.). Revista de la Universidad de México, (3), 42–45.

https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7914099

Foucault, M. (1963). El nacimiento de la clínica. Siglo XXI.

Foucault, M. (1966). El nacimiento de la clínica: Una arqueología de la mirada médica (A. Garzón, Trad.). Siglo XXI. (Obra original publicada en 1963).

Foucault, M. (1975). Surveiller et punir: Naissance de la prison. Éditions Gallimée. (Traducción al español: Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión. Siglo XXI Editores, 1976).

Foucault, M. (2009). EL CORAJE DE LA VERDAD El gobierno de sí y de los otros II (FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, Ed.). www.fce.com.ar

Foucault, M. (2014). Vigilar y castigar (SIGLO XXI).

Freire, P. (1970). Pedagogía del oprimido. Siglo XXI.

Freire, P. (1990). La naturaleza política de la educación Cultura, poder y liberación (Primera). PAIDÓS.

Freire, P. (1990). La naturaleza política de la educación Cultura, poder y liberación (Primera). PAIDÓS.

Fromm, E. (1976). ¿Tener o Ser? Fondo de Cultura Económica.

Giroux, H. A. (2025). Teoría y resistencia en educación (Siglo XXI Editores, Ed.; A. De Alba & B. Orozco, Trans.).

https://www.google.com.ec/books/edition/Teor%C3%ADa_y_resistencia_en_educaci%C3%B3n/qWUB0gEACAAJ?hl=es-419

Habermas, J. (1989). Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos. Colección Teorema., 3a., 507. https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=149185

Han, B.-C. (2012). La sociedad de la transparencia. Herder Editorial.

Han, B.-C. (2012). La sociedad del rendimiento. Herder Editorial.

Han, B.-C. (2012). Psicopolítica. Herder Editorial.

Han, B.-C. (2012). Psychopolitik: Neoliberalismus und neue Machttechniken. S. Fischer Verlag.

Han, B.-C. (2019). Psicopolítica. Psicopolítica. https://doi.org/10.2307/J.CTVT7X7VJ

Heidegger, M. (1927). Sein und Zeit. Max Niemeyer Verlag. (Traducción al español: Ser y tiempo. Editorial Universitaria, 1997).

Heidegger, M. (1927). Ser y tiempo. Editorial Universitaria.

Herrero, M. (2018). Políticas de la hospitalidad en el pensamiento de Jacques Derrida. Revista de Estudios

Políticos, 180(180), 77–103. https://doi.org/10.18042/cepc/rep.180.03

Hesse, H. (1906). Bajo la Rueda. Alianza Editorial.

Hesse, H. (1906). Unterm Rad. S. Fischer Verlag. (Traducción al español: Bajo la Rueda. Alianza Editorial, 1980).

Hesse, H. (1919). Demian. Editorial Losada.

Honneth, A. (1997). La lucha por el reconocimiento: por una gramática moral de los conflictos sociales. La Lucha Por El Reconocimiento. Por Una Gramática Moral de Los Conflictos Sociales, 160–169. https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=133623

Ingold, Tim. (2015). Líneas: Una Breve Historia. Editorial Gedisa. (Obra original publicada en 2007).

Kafka, F. (1919). Carta al Padre. Alianza Editorial.

Kant, I. (1785). Fundamentación de la metafísica de las costumbres. Real Sociedad.

Leclercq-Vandelannoitte, A. (2023). The panopticon, an emblematic concept in management and organization studies: Heaven or hell? International Journal of Management Reviews, 25(1), 52–74. https://doi.org/10.1111/IJMR.12305;PAGEGROUP:STRING:PUBLICATION

Lévinas, E. (1961). Totalidad e infinito. Sígueme.

Lyotard, J.-F. (1987). La condición posmoderna: informe sobre el saber. 119 p.-119 p.

Maldonado-Torres, N. (2008). La descolonización y el giro des-colonial. Tabula Rasa, (9), 61–72. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1794-24892008000200005&lng=en&nrm=iso&tlng=es

Maturana Romesín, H. (2020). Emociones y lenguaje en educación y política (Editorial Planeta Chilena, Ed.). https://www.google.com.ec/books/edition/Emociones_y_lenguaje_en_educaci%C3%B3n_y_pol/1A3cjgEACAAJ?hl=es

Maturana Romesín, H. (2020). Emociones y lenguaje en educación y política (Editorial Planeta Chilena, Ed.). https://www.google.com.ec/books/edition/Emociones_y_lenguaje_en_educaci%C3%B3n_y_pol/1A3cjgEACAAJ?hl=es

Mauss, M. (1925). Ensayo sobre el don: Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas. Katz Editores.

Mayer-Serra, C. E. (1994). Michael Walzer, Las esferas de la justicia: una defensa del pluralismo y la igualdad,

México. Política y Gobierno, 1(1), 208–209. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8292238

Mèlich, J.-Carles. (2010). Ética de la compasión. 317.

Mendieta Toledo, L. (2022). La ética como principio de vida. Un estudio en docentes universitarios. Ciencia y Desarrollo, 25(4), 43–66. https://doi.org/10.21503/CYD.V25I4.2435

Mendieta Toledo, L. B. (2024). Los Valores de los Maestros Huella de las Universidades del Ecuador. Universidad de Guayaquil.

Mendieta Toledo, L. B. (2018). Los Valores en la Docencia Universitaria. CIDE.

Mendieta Toledo, L. B. (2018). Valores en la docencia de las universidades del Ecuador. Centro de Investigación y Desarrollo Ecuador (CIDE).

Mendieta Toledo, L. B. (2019). Escritos de un profesor. Centro de Investigación y Desarrollo Ecuador (CIDE).

Mendieta Toledo, L. B. (2024). Los cuidados parentales y su incidencia moral. Editorial Crisálidas.

Mendieta Toledo, L. B. (2022). Tareas filosóficas: Textos para criticar. Editorial Crisálidas.

Mendieta Toledo, L. B. (2023). Huellas Ontológicas: Maestros como rostros éticos del otro. Editorial CRISÁLIDAS.

Mendieta Toledo, L. B. (2025). Camilo Morán Rivas. Maestro Huella de las universidades del Ecuador. Camilo Morán Rivas. Maestro Huella de Las Universidades Del Ecuador. https://doi.org/10.70557/978-9942-7208-7-0

Mendieta Toledo, L. B., & Albán Castro, J. (2022). La Investigación Formativa en la Educación Superior. Editorial FEC.

Mendieta Toledo, L. B., Ávila Redrobán, M. V., Cedeño Rivera, K., Chaguay, M., Córdova, L., Ponce, M., & Montoya, C. (2022). Valores, Ética y Moral del Docente Universitario. Editorial FEC.

Mendieta Toledo, L. B., Carriel, J., & Collantes, M. (2022). La ética como ejercicio vinculante de la praxis pedagógica. Editorial Esfinge.

Mendieta Toledo, L. B., Orellana, M., & Zamora, R. (2022). La práctica de la moral en la docencia universitaria.

Mendieta Toledo, L. B., Pérez Fuentes, L., & Villavicencio Quinga, V. (2020). Pedro Rizzo Bajaña y su historia de vida.

http://repositorio.cidecuador.org/jspui/handle/123456789/175

Mendieta Toledo, L. B., Quiñonez Flores, L. A., & Vélez Yunga, L. M. (2022). Relatos de vida de profesores universitarios. Una aproximación biográfica y narrativa sobre los valores de amor y respeto en la práctica docente universitaria. Editorial Crisálidas.

Merleau-Ponty, M. (1945). Fenomenología de la percepción. Gallimard.

Mora, A. D. P., Valenzuela Zavala, M. J., & Mendieta Toledo, L. B. (2020). Lenin Mendieta Toledo y su historia de vida. Centro de Investigación y Desarrollo Ecuador (CIDE).

Morin, E. (1990). Introducción al pensamiento complejo. Gedisa.

Mounier, Emmanuel. (1967). Manifiesto al servicio del personalismo: personalismo y cristianismo. https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=753347

Nietzsche, F. (1883). Así habló Zaratustra. Alianza Editorial.

Nietzsche, F. (1887). La genealogía de la moral. Alianza Editorial.

Nussbaum, M. C. (2012). Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades (Trad María Victoria Rodil). Revista Enfoques, X No 16, 2–4.

Penchaszadeh, A. P. (2011). Política, don y hospitalidad en el pensamiento de Jacques Derrida. Isegoría, 44(44), 257–271. https://doi.org/10.3989/ISEGORIA.2011.I44.729

Platón. (2010). Timeo. En Diálogos VI (M. Araujo, Trad.). Gredos. (Obra original publicada ca. 360 a.C.).

Ricoeur, P. (1990). Sí mismo como otro. Siglo XXI Editores.

Ricoeur, P. (1996). Sí mismo como otro. 415 p.-415 p.

Ricoeur, P. (2000). La memoria, la historia, el olvido. Fondo de Cultura Económica.

Ricoeur, Paul., & Neira, A. . (2010). La memoria, la historia, el olvido. 684.

Rosenthal, R., & Jacobson, L. (1968). Pygmalion in the classroom. Holt, Rinehart & Winston.

Rovira, Á. (2015, November 14). Álex Rovira habla de la Economía de caricias, el efecto Pigmalión, la gestión de los equipos... - YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=xxJ0rCjBfoM

Sartre, J. P. (1943). El ser y la nada. Gallimard.

Séneca. (1986). Epístolas Morales a Lucilio. In Kindlers Literatur Lexikon (KLL).

Soriano, A. H. (2022). Fernando Rielo y la cuestión del lenguaje filosófico. Claridades. Revista de Filosofía, 14(2), 167–181. https://doi.org/10.24310/CLARIDADESCRF.V14I2.13578

Stallone, S. (2006). Rocky Balboa. Metro-Goldwyn-Mayer (MGM).

Tillich, Paul. (1973). El coraje de existir. 180.

Van Manen, M. (2003). Investigación Educativa y Experiencia de Vida: Ciencia humana para una pedagogía de la acción y la sensibilidad. https://es.scribd.com/document/348345053/Van-Manen-Libro-Investigacion-educativa-y-experiencia-de-vida-pdf

Vygotsky, L. (1978). Mind in society: The development of higher psychological processes. Harvard University Press.

Yarkova, E. N., Яркова, Е. Н., & Яркова, Е. Н. (2016). УТИЛИТАРИЗМ КАК ФИЛОСОФИЯ ОБРАЗОВАНИЯ. The Education and Science Journal,

0(5), 11–24. https://doi.org/10.17853/1994-5639-2016-5-11-24

Zambrano, M., & Ortega Muñoz, J. Fernando. (2019). Hacia un saber sobre el alma María Zambrano. https://books.google.com/books/about/Hacia_un_saber_sobre_el_alma.html?hl=es&id=_PGADwAAQBAJ

Zambrano, M. ., Casado, Ángel., & Sánchez-Gey, Juana. (2007). Filosofía y educación : manuscritos. Editorial Ágora. https://books.google.com/books/about/Filosof%C3%ADa_y_educaci%C3%B3n.html?id=sb0lAQAAIAAJ

SOBRE LOS AUTORES

Lenin Byron Mendieta Toledo

Es un educador, investigador y pensador ecuatoriano, comprometido profundamente con la transformación pedagógica y ética de la educación superior. Doctor en Educación por la Universidad Nacional de Rosario (Argentina), posee diversas especializaciones en Filosofía, Ética, Política y Sociedad, Docencia Universitaria e Investigación Educativa, Pedagogía en Ambientes Digitales, Salud Humana y Actividad Física.

Su fecunda trayectoria como Docente Titular en la Universidad de Guayaquil y director de diversos proyectos de investigación científica se completa con una sólida obra de más de treinta libros publicados y más de un centenar de artículos indexados.

Lo que caracteriza a su producción científica es precisamente su carácter evolutivo e interdisciplinario. Tras afianzar su formación en Europa en base a la investigación en ciencias de la salud y actividad física, el autor dio un giro hacia una profunda reflexión

filosófica, ética y pedagógica acerca del ser humano. Diez años después, esta trayectoria intelectual cierra un círculo virtuoso: el Dr. Mendieta Toledo regresa a sus raíces de la salud humana y el bienestar, pero enriquecido por un robusto prisma humanista, bioético y existencial. Sus textos entrelazan de este modo la salud del cuerpo con la lucidez del pensamiento.

Entre sus publicaciones sobre los buenos docentes destacan:

- ✓ Escritos de un profesor. Pensamientos y reflexiones sobre Educación (2019)
- ✓ Pedro Rizzo Bajaña y su historia de vida (2020)
- ✓ Katuska Cepeda y su historia de vida (2020)
- ✓ El Perfil Epistemológico del Docente Universitario (2020)
- ✓ Urdimbres y tramas en las historias de vida. Recorrido metodológico en el proceso de investigación (2021)
- ✓ Laura Mariscal y su historia de vida (2021)
- ✓ Antonio Rodríguez Vargas y su historia de vida (2021)
- ✓ Lidia Govea: Her life stories (2021)

- ✓ Relatos de vida de docentes en formación (2021)
- ✓ El amor y el respeto en la práctica docente universitaria (2022)
- ✓ La ética como ejercicio vinculante de la praxis pedagógica en los maestros universitarios (2022)
- ✓ Alteridad y Otredad en las prácticas docentes universitarias (2022)
- ✓ Empatía y tolerancia en las aulas universitarias (2022)
- ✓ La práctica de la moral en la docencia universitaria (2022)
- ✓ Tareas filosóficas. Textos para criticar] (2022)
- ✓ La investigación formativa en la educación superior (2022)
- ✓ Equidad de género en la escuela y el hogar (2023)
- ✓ Valores en la docencia del nivel inicial. Una mirada crítica desde las aulas universitarias de los docentes en formación (2023)
- ✓ Lady Soto, Maestros Huella (2023)

- ✓ Actividad física, alimentación y salud (2023)
- ✓ Maestros Huella en la Universidad de Guayaquil. Relatos biográficos y autobiográficos desde los valores, ética y moral (2023)
- ✓ Pedagogía de los Entornos Digitales (2024)
- ✓ Camilo Morán Rivas. Maestro Huella de las universidades del Ecuador (2025)
- ✓ La Arquitectura del Rostro: Habitar la alteridad de María Augusta Hermida (2026)
- ✓ El arquetipo de los Maestros Huella: La forja ética de Pedro Humberto Vargas (2026)
- ✓ Neuroanatomía esencial en la formación médica (2026)
- ✓ La toga sin mancha (2026)
- ✓ La Teoría del Gen Viciado: Caín y la transferencia del gen viciado en la humanidad (2026)

En esta entrega, plasma su vasta experiencia académica para ofrecerles una lectura reflexiva y necesaria para la sociedad actual sobre los Maestros Huella de las universidades del Ecuador.

LUIS BRITO GAONA

Nacido en Pasaje, provincia de El Oro, Ecuador, es un reconocido académico e investigador con una sólida formación multidisciplinaria.

Posee los títulos de Economista e Ingeniero Agrónomo por la Universidad Técnica de Machala. Cuenta con maestrías en Negocios Internacionales (Universidad de Guayaquil) y Economía Internacional (UNIR, España), un Doctorado en Análisis Económico y Estrategia Empresarial (Universidad de La Coruña, España) y un Posdoctorado en Dirección en Administración e Innovación de Negocios (Universidad Internacional de Investigación de México). Además, tiene diplomados superiores en áreas que van desde la gestión pública hasta la inteligencia artificial aplicada a la educación.

En el ámbito universitario, es Profesor Titular y de posgrado en la UTMACH, institución donde ha liderado cargos directivos clave, incluyendo el de Vicerrector de Investigación, Vinculación y Posgrado. Como científico acreditado por el Ministerio de Educación, coordina la Red de Investigación en Economía, Empresa y Educación (RIEEE) y es

miembro de redes internacionales como la RED-DEES y la International Biometric Society. Su producción científica abarca libros, capítulos y artículos indexados orientados al crecimiento económico y el emprendimiento. Ha realizado estancias de investigación y expuesto sus trabajos en más de una decena de países de América y Europa.

Es parte del equipo de investigadores del FCI-012 Relatos de vida de docentes universitarios, publicando los siguientes artículos:

- ✓ La familia en la constitución de la ética de los Maestros Huella de las universidades del Ecuador: relatos biográficos y autobiográficos de Lady Soto.
- ✓ Hermenéutica de la vulnerabilidad y deconstrucción del Biopoder en la praxis de los Maestros Huella.

PÚBLICO OBJETIVO 8

PRÓLOGO 9

CAPÍTULO I: 14

LA CONSTITUCIÓN DEL SER: ORÍGENES, CUIDADOS PARENTALES Y LOS PRIMEROS ALTARES DE LA INFANCIA 14

El altar de madera y el trabajo silencioso del padre 16

Los rituales de la madre, el abuelo y la escasez dignificada 19

Las heridas del mundo y el despertar de la conciencia moral 25

El arjé relacional y la génesis de los valores 30

El alba y la tarde de la escuela 33

CAPÍTULO II: LA ESCUELA COMO PRIMER TERRITORIO: EL UMBRAL DEL AULA Y EL ROSTRO DEL PRIMER MAESTRO 37

El umbral de madera y el ritual del aula unidocente 39

Las asimetrías del aula, el compañero vulnerable y la tensión social 42

La tormenta de la cordillera y el rostro en la penumbra 48

La Pedagogía de la hospitalidad y la otredad lévinasiana 54

La quietud tras la tormenta y la huella imborrable 57

CAPÍTULO III: LA ADOLESCENCIA Y EL COLEGIO: LAS GRIETAS DEL ALMA, LA CRISIS EXISTENCIAL Y LA LLAMADA DE LA PEDAGOGÍA 61

Las noches de candil, las grietas del alma y el descubrimiento de los clásicos 63

La rigidez del colegio nacional, la deshumanización pedagógica y la lucha de las sombras 66

La cátedra del profesor Camilo, el debate sobre la verdad y la chispa vocacional 70

La subjetivación existencial y el surgimiento de la vocación pedagógica 76

La noche iluminada y la promesa del cuaderno 79

CAPÍTULO IV: LA UNIVERSIDAD COMO UMBRAL: LA FORJA INTELECTUAL, LOS DEBATES ÉTICO-POLÍTICOS Y LA ELECCIÓN DE LOS PRINCIPIOS 82

El umbral de la casona universitaria y la geografía del saber popular 84

La universidad mercantilizada y la cátedra memoriosa de los Maestros Huella 87

La encrucijada de la beca, el chantaje académico y la opción firme 92

La epistemología de lo umbral, la ética convergente y el imperativo de la alteridad 97

Los maestros nos dan la bienvenida con un abrazo y nos graduamos en el Paraninfo 100

CAPÍTULO V: EL NACIMIENTO DEL MAESTRO: LAS PRIMERAS AULAS, LA LITURGIA DE LA ENSEÑANZA Y LAS CICATRICES DEL ENCUENTRO YO-TÚ 104

El temblor frente al estrado y la liturgia del primer día 106

Asimetrías del aula, resistencia a la transposición y "Economía del Don" 109

La tormenta en la casona, el derrumbamiento de Sofía y el encuentro Yo-Tú **114**

La reconstitución ontológica del cuidado y la praxis de la transposición **119**

El eco de las aulas desiertas y el eco del legado **121**

CAPÍTULO VI: LA VIDA COMO MAESTRO: LA COTIDIANEIDAD DEL ASOMBRO, LA SOLEDAD DEL EDUCADOR Y EL TEJIDO DE LA IDENTIDAD DOCENTE **125**

La madrugada del maestro, la liturgia de la preparación y la soledad del estudio **127**

La red burocrática, los informes de acreditación y la tentación del cinismo **130**

La noche del desierto existencial, el luto por el profesor Camilo y el fuego de los relatos de vida **134**

La identidad docente como vocación, la resistencia al biopoder y la reconstitución del sorge **139**

El amanecer sobre la casona, la vuelta al aula y la sonrisa del aprendiz **142**

CAPÍTULO VII: VALORES EN ACCIÓN: LA PRAXIS DE LA COMPASIÓN, LAS BANQUETAS ASIMÉTRICAS DE LA EQUIDAD Y EL AULA COMUNITARIA 146

El viento de la comuna, la escuela en el recinto y el polvo de la carretera 148

La academia del gabinete frente a la investigación-acción participativa y las "Banquetas asimétricas" 151

El desbordamiento del río, la emergencia en "San Francisco" y la prueba del fuego 156

Axiología encarnada, pedagogía crítica freireana y deconstrucción del extractivismo académico 160

La asamblea de las puertas abiertas y el canto en el paraninfo 163

CAPÍTULO VIII: LEGADO Y TRASCENDENCIA: EL ECO EN EL TIEMPO, LA VICTORIA SOBRE EL OLVIDO Y EL TRIUNFO TRASCENDENTAL DE «CUANDO DAS, TE DAS» 168

El atardecer del maestro, la víspera del retiro y el silencio de la buhardilla 170

La ceremonia del paraninfo, la resistencia al culto individualista, la voz de los discípulos **172**

El abrazo del desagravio, el encuentro con la memoria de los maestros, la síntesis existencial **177**

El legado del Maestro Huella, su trascendencia, la hermenéutica y el cierre del arjé **180**

El regreso a Vilcabamba, el hilo de plomo y la eternidad de la siembra **183**

AGRADECIMIENTOS **187**

BIBLIOGRAFÍA **195**

SOBRE LOS AUTORES **208**

COLOFÓN **221**

COLOFÓN

Esta primera edición de la novela filosófico-existencial «CUANDO DAS, TE DAS: La Odisea Existencial de un Maestro Huella», fruto de la síntesis hermenéutica del Proyecto de Investigación FCI-012 «Relatos de vida de profesores universitarios: Una aproximación biográfica y narrativa sobre los valores, ética y moral en la enseñanza», se terminó de imprimir y digitalizar en los talleres de Editorial Crisálidas S.A.S., en el mes de septiembre del año dos mil veintiséis, bajo el amparo de las cumbres andinas y las aulas escolares de la patria ecuatoriana.

Para la composición del texto se utilizaron tipos de la familia Garamond, compuestos en cuerpo 14 con interlineado generoso sobre papel ahuesado de 90 gramos, evocando la calidez artesanal del papel de estraza y la nobleza de la madera cepillada a mano.

La portada y el diseño tipográfico estuvieron inspirados en la «Arquitectura del Rostro» y en la poética de la plomada de bronce.

Consta la tirada de ejemplares numerados para uso de las bibliotecas públicas, las facultades de educación y los recintos comunitarios del país.

«La semilla no hace ruido
cuando germina bajo la tierra.»

Editorial Crisálidas

SINOPSIS

En un mundo dominado por la prisa, la competencia feroz y la mercantilización del conocimiento, ¿qué significa consagrar la vida a la educación de los demás?

CUANDO DAS, TE DAS: La Odisea Existencial de un Maestro Huella es una novela que narra la trayectoria vital de Sony Mendieta, un educador que trasciende la mediocridad del sistema para convertir la enseñanza en una obra de arte moral. Desde su infancia en un taller de carpintería en un pueblo de Loja entre el perfume del serrín y la lección de la plomada recta, pasando por las lecturas febriles de los clásicos existencialistas en la adolescencia y la resistencia ética en los pasillos de la universidad pública, hasta las emergencias comunitarias en los recintos inundados del litoral, la vida de Sony es un testimonio conmovedor de libertad y compasión.

Escrita con un lenguaje literario rico, diálogos de profunda densidad filosófica y una atmósfera escénica envolvente, esta obra integra de forma orgánica las aportaciones teóricas y axiológicas del Proyecto FCI-012 sobre los Maestros Huella del Ecuador. A través de sus páginas se despliegan la ética de la alteridad de Lévinas, la pedagogía crítica de Freire, el encuentro Yo-Tú de Buber y la revolucionaria teoría de las banquetas asimétricas de la equidad.

Más que un relato biográfico, esta novela es un Manifiesto por la Dignidad Humana, una guía indispensable para educadores, estudiantes y pensadores que se niegan a aceptar que la ciencia deba venderse al mejor postor o perder su corazón.

ISBN: 978-9907-815-08-5

EDICRI S.A.S.
EDITORIAL CRISÁLIDAS